

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV

San José, Costa Rica

1932

Sábado 13 de Febrero

Núm. 6

Año XIII. No. 574

SUMARIO

¿Claudia Lars cómo se llama?.....	<i>g. m., Persiles, Carmen Lyra</i>	Don Alberto Masferrer	<i>Carmen Lyra</i>
El testimonio de Darwin.....		Desorientación moral de la juventud	<i>Elena Torres</i>
Bibliografía titular.....		Tarde nos hemos enterado	<i>J. García Monge</i>
La buena labor del senador Hiram Johnson.....		De unos comentarios al cable	<i>Carmen Lyra</i>
Carmen.....	<i>Carlos Jinesta</i>	El gallero.....	<i>Manuel Cabral</i>
Poesías.....	<i>Isaac Felipe Azofeifa</i>	En El Salvador se ha cometido un crimen sombrío.....	<i>Juan del Camino</i>
Croquis realistas.....	<i>Julio Enrique Avila</i>	El ejemplo de Darwin.....	<i>Xenius</i>
Masferrer y la jauría de Ubico.....	<i>Adolfo Ortega Díaz</i>		

¿Claudia Lars cómo se llama?

*Dos pajaritos pardos
sentaditos en su rama.
el uno le dice al otro
¿Claudia Lars cómo se llama?*

De Claudia Lars hablan los dos amigos.

Dice uno:

De Claudia Lars hemos publicado en el **Repertorio Americano** alguno de sus cantos de la madre. Es posible que el **Repertorio Americano** haya sido la revista que la ha revelado como poetisa al mundo de habla hispana. Por ella, por quién es ella, nos han preguntado mucho de afuera.

Decimos Claudia Lars y pensamos luego en una linda salvadoreña, hija de padre norteamericano y madre de El Salvador, que se llama Carmen Brannon de Beers. Es la esposa de Mr. Roy F. Beers, también norteamericano; y es la madre de un precioso muchachito de 5 años a quien le decimos Roycito cuantos tenemos la dicha de tratarlo y estamos encantados de él.

Roycito es el que inspira a Claudia Lars sus sentidos cantos de la madre. Canciones que le salen del corazón, sin literatura ni artificios, sin afán de publicarlas y menos de ganar gloria con ellas. Las dice, las canta pensando en su hijo como lo hacen las avecillas en los árboles, que cantan la gloria de Dios en tantas cosas bellas como existen. Claudia Lars la canta en su hijo, que de veras es un regalo de Dios para ella.

Una referencia más: Claudia Lars reacciona de qué modo contra la injusticia.

Y otra: es una criatura misericordiosa.

g. m.

San José, C. R. Enero, 1932.

Dice el otro:

Claudia Lars hizo primero cuentecitos fantásticos dentro de una sencillez infantil encantadora, cuentecitos que se publicaron en un cuadernito endeble que el mundo dejó pasar desapercibido, o mejor dicho, que no llegaron al mundo jamás sino que en el círculo de la fa-



Claudia Lars

milia y de los amigos íntimos revoloteó como bandada de mariposas en jardín cercado. Eran como alas de mariposas esos cuentecitos, cuentecitos de mariposas y flores y pájaros. Ya revelaban la cualidad más saliente de esta criatura milagrosa que nació con el don de las letras: la cualidad de ser la palabra escrita como palabra hablada, la cualidad de escribir un cuento como se cuenta un cuento. El dragón de la retórica no la ha turbado jamás con pesadillas. Feliz ella, en el colegio no le enseñaron redacción literaria. La ortografía la ha ido aprendiendo paso a paso y no le preocupa mucho. La gramática no la desvela. La enseñaron admi-

nablemente, la enseñaron a gustar de la literatura, a querer leer, a contar cuentos.

Maestro llegó a tener, más tarde. ¿Maestro? Más bien amigo leal que le dijo que escribir versos era fácil y que pudo hacerla amar los versos. Los versos se hacen—cómo? El la enseñó. Lo importante era—¿qué era lo importante? Enseñar es darse. Aprender es ser. Ella aprendió. Su verso es ella. Su verso es como habla. Es la misma que escribía cuentecitos. Lo que se ha depurado es su gusto. Ya sabe qué cosas son triviales, banales, basura, bagazo. Ella los rechaza de sí por virtud de su buen gusto. Y su buen gusto se lo ha formado a base de moralidad. Esto es en ella lo extraordinario: una moralidad tan diáfana que claramente percibe que lo bueno es lo bello. Una estética tan honda que llega al corazón de las cosas y en las lágrimas que allí hay ve reflejada la belleza hecha bondad.

Dichas su ética y su estética, falta decir su finalidad. ¿Qué se propone esta criatura maravillosa? Se propone deleitar a su niño, encantar a su niño. Para su niño todo lo bueno, todo lo bello, cosas y sentimientos, las estrellas y el perdón, los portalitos de San Francisco y la hermandad universal, la oruga y la vida hecha símbolo, la tortugueta y el tiempo reducido a animalito amable, una plumita de pájaro hallada en un camino y la dulzura, que hace llorar, de todos los sueños que volaron. Como en el verso de Blake, **el universo es un grano de arena!**

Alguna vez quiso ensayar algo épico, celebrar un héroe de su patria. Los versos le salieron lánguidos. No los entendía su niño. Hasta en versos de Gabriela Mistral se siente a veces que se ha alzado al niño a la altura del poeta adulto para que mire lo que el poeta lleva en los ojos. Claudia Lars no. Ni es tampoco que se incline ella hasta ponerse bajita a la altura de su niño. Eso sería demasiado la poesía sin seso de la **Mother Goose** de los ingleses y los yan-

quis. No, no, no. Claudia Lars canta sus versos con su niño en el regazo. Así la relación entre su niño y ella es perfecta: ella es el universo que a su niño rodea, universo ideal creado de nuevo a base de estricta moralidad, de elevadísima estética.

Persiles

Heredia, Enero de 1932.

Claudia Lars, su hijito y sus versos. Tres cosas que en mi pensamiento son como un solo tallo florido.

¿Que escriba algo sobre Claudia Lars? Al punto siento que en el recinto gris de mi espíritu entra una mariposa de oro que se pone a revolotear sobre las ideas duras como guijarros.

Me parece que la sensación y la emoción revisten de nuevo en mí su traje de inocencia, y se atavían de ilusión, como cuando yo estaba entre mis quince y mis veinte años—tan lejanos ya. ¡Qué modo aquel de sentir las metáforas de los poetas románticos y de ver las estrellas cosquillar con sus puntitas luminosas la melancolía de la tarde y de oír el viento! ¡Y qué modo aquel de oír los grillos! tratando de zurrir con el hilo invisible de su canción los agujeros que la luz había hecho en el silencio al atravesar el follaje! Despierta en este instante el recuerdo de un pájaro que en alguna ocasión cantaba oculto entre un árbol de uruca en flor... Era como sentir palpitar el corazón melodioso del árbol.

¡Claudia Lars, su hijito y sus versos! Ahora me doy cuenta de que aun soy capaz de tener ideas risueñas, claritas, limpias, alegres.

Claudia Lars es madre de un niño bello, dorado como un pancito aliñado con amor! ¡Cómo se ve que es hermano de los villancicos que inventa su madre!

Y los versos hermanos del niño, son como una luna nueva o como los caracoles de la playa o como unos pequeños gusanos rubios cual mechoncillos de sol, que por el veranillo de San Juan se mecen entre la luz de la mañana suspendidos de un hilo fijo en las ramas de los árboles.

¡Claudia Lars! ¿Y esta cabrilla blanca que de pronto entra haciendo cabriolas por los campos de mi imaginación? ¡Ah! sí, es la cabra de Monsieur Séguin el de *Las cartas de mi molino*, de Daudet. ¿Qué tendrá que ver en todo esto, aquella blanca cabrita provenzal, que prefirió a la seguridad del cercado en donde pacía atada a una larga cuerda—longitud que daba la ilusión de no estar sujeto—la perfumada libertad de la montaña en cuyos barrancos ella sabía que acechaba el lobo?

"Ah Gringoire, qu' elle était jolie la petite chèvre de M. Séguin qu' elle était jolie avec ses yeux doux, sa barbiche de sous-officier, ses sabots noirs et luisants, ses cornes zébrées et ses longs poils blancs qui lui faisaient une houppe. C' était presque aussi charmant que le cabri d' Esmeralde, tu te rappelles, Gringoire? et puis docile, caressante, se laissant traire sans bouger, sans mettre son pied dans l' écuelle. Une amour de petite chevre..."

Pero esta vez todo termina felizmente: el lobo no se come a Blanquette... se enamora de ella y se pone a mirar las estrellas a su lado. ¡Claudia Lars! ¿Cuál es esta otra criatura también blanca que ahora se mete en los dominios de mi fantasía? Es la oveja descarriada de la fábula y de la parábola del

evangelio. Sí, la misma que huye del redil y se va a dar saltos locos por las praderas de yerba perfumada, mientras las ovejas de conducta intachable la miran envidiosas con sus ojos bobalicones, por encima de las endeble tablas del cercado que defiende el honrado fastidio del rebaño, del peligro y de la aventura del exterior. Y subrayan su atisbo con el balido piadoso de su hipócrita resignación: "¡Pobrecita la ovejita descarriada!"

¿Qué puntos de contacto pueden tener en mi conciencia el atrevido animalillo y Claudia Lars la madre de un niño que hace pensar en un cantarito de arcilla morena lleno de miel dorada y de unos versos semejantes a su niño?

¿Acaso Claudia Lars no es una honorable dama, y la oveja, una oveja descarriada?

Quizá sea porque viva entre gente de conducta irreprochable, y de cuando en vez ella las escandalice con las ideas que sustenta sobre la vida, sobre el amor, sobre lo que llaman bueno y lo que llaman malo. Las debe poner a echarle miradas ovejunas, sobre el vallado carcomido de sus nobres prejuicios, a considerar su linda bondad con impotencia y rencor, semejantes a las ovejas prudentes de la fábula, quienes nunca sabrán lo que es volver de una loca aventura sobre el cuello amoroso del buen pastor, como en las estampas de suave colorido que las gentes de iglesia dan a los seres ingenuos. Si a Claudia Lars le hubiese tocado hacer la moraleja de esta fábula, quizá habría dicho: Gracias al atrevimiento de esta oveja que se va por los campos sin temor del peligro, el buen pastor tuvo la oportunidad de abandonar por un rato la monotonía y el fastidio que todo rebaño pone en el ambiente.

Bueno, noto que he confundido en un solo plano a la oveja descarriada de la fábula, a Claudia Lars y a la oveja que regresa al redil acurrucada amorosamente en el cuello del buen pastor bíblico. Es que el recuerdo de Claudia Lars con su hijito y sus versos ha puesto a mi imaginación a volar como una golondrina.

Carmen Lyra

INDICE



LIBROS QUE LE INTERESAN:

Alfonso Danvila: <i>El Congreso de Utrecht</i>	3.25
Gertrudes Gómez de Avellaneda: <i>Sab. Novela</i>	2.50
Richard Lewinsohn: <i>El dinero en la política</i>	9.50
M. Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo absoluto</i>	3.00
Pablo Carus: <i>El Evangelio del Buddha</i>	3.25
Antonio Cabral: <i>Eca de Queiroz</i> . Biografía	4.50
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i> . Poesías	4.00
Rafael Maya: <i>Coros del mediodía</i> . Poesías	6.00
C. H. Pareja: <i>Las obligaciones en Derecho Civil colombiano</i>	3.00
Cid Rocas Llolet: <i>A la sombra de la aventura</i> . Novela	3.00
Stefan Sweig: <i>Amok</i> . Novela	3.25
Luis López de Mesa: <i>La tragedia de Nilse</i> . Novela	5.50
Carlos Liebnicht: <i>Cartas del frente y de la prisión</i>	3.25
Mauro Fria Lagoni: <i>Concha Espina y sus críticos</i>	4.00
Luis López de Meza: <i>Introducción a la historia de la cultura en Colombia</i>	5.50
H. G. Wells: <i>La dictadura de Mr. Parham</i> . Novela	4.00
W. A. Lay: <i>Manual de Pedagogía</i>	5.00
Miguel de Unamuno: <i>De Fuerteventura a París</i>	4.00
John Ruskin: <i>Sesamo y Azucenas</i>	3.00
Rosario Fuentes: <i>Herder y su ideal de Humanidad</i>	3.00
E. Giménez Caballero: <i>Yo, Inspector de Alcantarillas</i>	3.25
Arturo Giménez Pastor: <i>Tres novelas del Plata</i>	4.00
Frank Vreenland: <i>Fatalidad</i> . Novela	2.00
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . Ensayos político social	5.00
Concha Espina: <i>El príncipe del cantar</i> . (Novelas y cuentos)	2.50
R. C. Sherriff: <i>Fin de jornada</i> . Novela	3.50
Juan José Morato: <i>Pablo Iglesias</i> , educador de muchedumbres	3.25
N. Ognev: <i>El diario de Costia Riabtsev</i> . Novela	3.25
Gogol, Turgeniev, etc: <i>14 cuentos rusos</i>	3.25

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

San José, Enero, 1932.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

El testimonio de Darwin

= Fragmentos del tomo I del *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Calpe. Madrid. 1921 =

A consecuencia de haber manifestado el capitán Fitz Roy el deseo de llevar a bordo algún hombre de ciencia, ofreciendo al mismo tiempo sacrificar parte de sus propias comodidades, brindé voluntariamente mis servicios, que obtuvieron, gracias a la bondadosa mediación del hidrógrafo capitán Beaufort, la aprobación de los lores del Almirantazgo. Como abrigo la íntima persuasión de que las ocasiones que tuve de estudiar la Historia Natural de los diferentes países visitados se deben enteramente al capitán Fitz Roy, espero que se me permita reiterarle aquí la expresión de mi gratitud, haciendo constar además que durante los cinco años que estuvimos juntos no cesé de experimentar su más cordial amistad y perseverante ayuda. Siempre me sentiré reconocidísimo, tanto al capitán Fitz Roy como a todos los oficiales del *Beagle*, por las constantes atenciones que me dispensaron durante nuestro largo viaje.

Mientras estábamos en esta finca faltó poco para que fuera testigo de uno de esos actos atroces que sólo pueden ocurrir en un país de esclavos. Con motivo de una querrela y un pleito el amo estuvo a punto de separar todas las mujeres y niños de los esclavos varones y venderlos en Río en pública subasta. Si esta enormidad no se realizó fué porque lo impidió el interés, y no el menor sentimiento de piedad. Realmente, no creo que al amo le pasara por las mientes que era inhumano separar a 30 familias después de haber vivido juntas por muchos años. Y, no obstante, aseguro, a fe de hombre veraz, que en sentimientos humanitarios y afectuosos aventajaba al común de los hombres. Cabe, pues, afirmar que la codicia y el egoísmo producen en la inteligencia la ceguera más absoluta. He de mencionar aquí una anécdota de escasa importancia, por haberme impresionado en aquella ocasión más hondamente que cualquier relato de crueldad. Cruzaba una corriente en una barca de pasaje con un negro extraordinariamente estúpido. Al intentar hacerme comprender alcé la voz e hice varios gestos, entre ellos el de pasarle la mano por la cara. El hombre debió de creer, a lo que supongo, que yo estaba furioso e iba a pegarle, porque al momento, con aire asustado y medio cerrados los ojos, dejó caer las manos. Jamás olvidaré la sorpresa, disgusto y vergüenza que me causó ver a un hombrachón fornido aguardar en aquella posición humillante un bofetón, que, según se figuró, pensaba yo descargarle. Este hombre había sido por la esclavitud arrastrado a degradación inferior a la del más indefenso animal.

La villa es indiferentemente llamada El Carmen o Patagones. Está edificada frente a un peñón que mira al río, y muchas de las casas han sido excavadas en la arenisca. El río tiene una an-

chura de 200 a 300 metros y es profundo y rápido. Las numerosas islas, con sus sauces, y los farallones salientes, vistos uno tras otro en el límite septentrional del anchuroso valle vestido de verdor, forman, a la brillante luz del sol, un conjunto casi pintoresco. El número de habitantes no pasa de algunos centenares. Estas colonias españolas no llevan, como las nuestras inglesas, elementos internos de desenvolvimiento. Aquí residen muchos indios de pura sangre; la tribu del cacique Lucani tiene constantemente sus toldos (1) en las afueras de la villa. El gobierno local los surte en parte de provisiones, dándoles todos los caballos viejos e inservibles, y ganan algún dinero haciendo aparejos y otros artículos análogos. Estos indios son tenidos por civilizados; pero lo que han podido perder en salvajismo queda contrarrestado por su absoluta inmoralidad. Sin embargo, algunos de los jóvenes progresan; van cobrando amor al trabajo, y algún tiempo atrás una cuadrilla de ellos salió con una expedición a pescar focas y se portó muy bien. Ahora disfrutan el producto de su trabajo luciendo trajes elegantes y limpios y pasando el tiempo en completa ociosidad. Era admirable el gusto que mostraban en el traje; si hubiera sido posible convertir a uno de estos jóvenes indios en una estatua de bronce, su vestimenta hubiera podido presentarse como modelo de gracia y perfección.

Poco después de pasar la primera fuente dimos vista a un árbol famoso, que los indios veneran como altar de Walleechu. Está situado en un altozano de la llanura, y de ahí que sea un hito visible a gran distancia. No bien algunas tribus de salvajes le divisan, le tributan su adoración a grandes voces. El árbol es bajo, frondoso y espinoso; en la parte más baja del tronco tiene un diámetro de unos nueve decímetros. Se yergue solitario, y fué el primer árbol que vimos; después encontramos algunos otros de la misma clase, pero poco abundantes. Como estábamos en invierno el árbol no tenía hojas, pero en su lugar pendían de las ramas secas varias ofrendas atadas con cordeles, tales como cigarros, pan, carne, pedazos de tela, etc. Los indios muy pobres, a falta de otra cosa mejor, sacan un hilo de sus ponchos y le atan al árbol. Los más ricos suelen echar licores y mate en cierta oquedad, y fumar expeliendo el humo hacia arriba, creyendo agradar así del mejor modo posible a Walleechu. Para completar la decoración se había rodeado al árbol con los huesos mondos de caballos sacrificados. Todos los indios, sin distinción de edad ni sexo, hacen sus ofrendas, merced a las cuales imaginan que sus cabalgaduras han de ser incansables y ellos afortunados. El gaucho que me refirió esto añadió

(1) Así se llaman las chozas de los indios.

que en tiempo de paz había presenciado la escena de las ofrendas, y que él y otro habían aguardado a que los indios se alejaran para llevarse los donativos a Walleechu.

Los gauchos aseguran que los indios consideran al árbol como al dios mismo; pero parece mucho más probable que lo consideren como su altar. Imagino que la única causa para esta elección es tener un hito en un paso peligroso. La sierra de la Ventana se presenta visible a distancia inmensa, y un gaucho me dijo que, cabalgando una vez con un indio pocas millas al norte del río Colorado, de pronto su compañero empezó a meter el ruido estrepitoso que suelen hacer los salvajes al divisar un árbol distante, mientras ponía la mano en la cabeza y apuntaba con el dedo en la dirección de la sierra. Al preguntarle por la razón de esto, el indio respondió, en mal castellano: "Primera vez ver la sierra". A cosa de dos leguas de este curioso árbol hicimos alto para pasar la noche, y en este momento los ojos de lince de dos gauchos descubrieron una pobre vaca, en cuya persecución se lanzaron sin tardanza. Pocos minutos después la arastraron presa en sus lazos y la sacrificaron. En este sitio tuvimos las cuatro cosas necesarias para la vida en el campo (1): pasto para los caballos, agua (sólo una charca cenagosa), carne y leña. Los gauchos se pusieron del mejor humor al hallar todos estos lujos, y en breve empezamos a preparar la cena con la carne de la pobre vaca. Esta fué la primera noche que pasé a la intemperie, teniendo por cama el recado de montar. En la vida independiente del gaucho hay una íntima satisfacción en el hecho de poder apearse en cualquier momento y decir: "Aquí voy a pasar la noche". El silencio fúnebre de la llanura, los perros haciendo centinela, y el gigantesco grupo de los gauchos en torno del fuego, han dejado en mi ánimo una pintura indeleble de esta primera noche, que nunca olvidaré.

El campamento del general Rosas estaba cerca del Río. Consistía en un cuadrado formado por carros, artillería, chozas de paja, etc. Casi todas las tropas eran de caballería, y me inclino a creer que jamás se reclutó en lo pasado un ejército semejante de villanos seudobandidos. La mayor parte de los soldados eran mestizos de negro, indio y español. No sé por qué tipos de esta mezcolanza rara vez tienen buena catadura. Pedí ver al secretario para presentarle mi pasaporte. Empezó a interrogarme con gran autoridad y misterio. Por fortuna llevaba una carta de recomendación del gobierno de Buenos Aires (2) para el comandante de Pata-

(1) En español en el original.

(2) Me veo obligado a significar en los términos más expresivos mi agradecimiento al gobierno de Buenos Aires por la grande comodidad con que se me facilitaron pasaportes para todas las partes del país, como naturalista del *Beagle*.

gones. Presentáronsele al general Rosas, quien me contestó muy atento, y el secretario volvió a verme muy sonriente y afable. Establecí mi residencia en el rancho o vivienda de un viejo español, tipo curioso que había servido con Napoleón en la expedición contra Rusia.

El general Rosas insinuó que deseaba verme, de lo que me alegré mucho posteriormente. Es un hombre de extraordinario carácter y ejerce en el país avasalladora influencia, que parece probable ha de emplear en favorecer la prosperidad y adelanto del mismo (1). Se dice que posee 74 leguas cuadradas de tierra y unas 300,000 cabezas de ganado. Sus fincas están admirablemente administradas y producen más cereales que las de los otros hacendados. Lo primero que le conquistó gran celebridad fueron las ordenanzas dictadas para el buen gobierno de sus estancias y la disciplinada organización de varios centenares de hombres para resistir con éxito los ataques de los indios. Corren muchas historias sobre el rigor con que se hizo guardar la observancia de esas leyes. Una de ellas fué que nadie, bajo pena de calabozo, llevara cuchillo los domingos, pues como en estos días era cuando más se jugaba y bebía, las pendenias consiguientes solían acarrear numerosas muertes por la costumbre ordinaria de pelear con el arma mencionada. En cierto domingo se presentó el gobernador con todo el aparato oficial de su cargo a visitar la estancia del general Rosas, y éste, en su precipitación por salir a recibirle, lo hizo llevando el cuchillo al cinto, como de ordinario. El administrador le tocó en el brazo y le recordó la ley, con lo que Rosas, hablando con el gobernador, le dijo que sentía mucho lo que le pasaba, pero que le era forzoso ir a la prisión, y que no mandaba en su casa hasta que no hubiera salido. Pasado algún tiempo, el mayordomo se sintió movido a abrir la cárcel y ponerle en libertad; pero apenas lo hubo hecho, cuando el prisionero, vuelto a su libertador, le dijo: "Ahora tú eres el que ha quebrantado las leyes, y por tanto debes ocupar mi puesto en el calabozo". Rasgos como el referido entusiasaban a los gauchos, que todos, sin excepción, poseen alta idea de su igualdad y dignidad.

El general Rosas es además un perfecto jinete, cualidad de importancia nada escasa en un país donde un ejército eligió a su general mediante la prueba que ahora diré: Metieron en un corral una manada de potros sin domar, dejando sólo una salida sobre la que había un larguero tendido horizontalmente a cierta altura; lo convenido fué que sería nombrado jefe el que desde ese madero se dejara caer sobre uno de los caballos salvajes en el momento de salir escapados, y sin freno ni silla fuera capaz no sólo de montarle, sino de traerle de nuevo al corral. El individuo que así lo hizo fué designado para el mando, e indudablemente no podía menos de ser un excelente general para un ejército

de tal índole. Esta hazaña extraordinaria ha sido realizada también por Rosas.

Por estos medios, y acomodándose al traje y costumbres de los gauchos, se ha granjeado una popularidad ilimitada en el país, y consiguientemente un poder despótico. Un comerciante inglés me aseguró que en cierta ocasión un hombre mató a otro, y al arrestarle y preguntarle el motivo respondió: "Ha hablado irrespetuosamente del general Rosas, y por lo mismo le quité de en medio". Al cabo de una semana el asesino estaba en libertad. Esto, a no dudarlo, fué obra de los partidarios del general y no del general mismo.

En la conversación es vehemente, sensato y muy grave. Su gravedad rebasa los límites ordinarios; a uno de sus dicharacheros bufones (pues tiene dos, a usanza de los barones de la Edad Media) le oí referir la siguiente anécdota: "Una vez me entró comezón de oír cierta pieza de música, por lo que fuí a pedirle permiso al general dos o tres veces; pero me contestó: "¡Anda a tus quehaceres, que estoy ocupado!" Volví otra vez, y entonces me dijo: "Si vuelves, te castigaré". Insistí en pedir el permiso, y al verme se echó a reír. Sin aguardar salí corriendo de la tienda, pero era demasiado tarde, pues mandó a dos soldados que me cogieran y me pusieran en estacas. Supliqué por todos los santos de la corte celestial que me soltaran, pero de nada me sirvió; cuando el general se ríe no perdona a nadie, sano o cuerdo". El buen hombre ponía una cara lastimosa al solo recuerdo del tormento de las estacas. Es un castigo severísimo; se clavan en tierra cuatro postes, y, atada a ellos la víctima por los brazos, y las piernas tendidas horizontalmente, se la deja permanecer así por varias horas. La idea está evidentemente tomada del procedimiento usado para secar las pieles. Mi entrevista terminó sin una sonrisa, y obtuve un pasaporte con una orden para las postas del gobierno, que me facilitó del modo más atento y cortés.

Dos días después volví a ir a caballo al puerto, y en el camino, cuando no nos faltaba mucho para llegar, mi compañero, que era el mismo de antes, divisó a tres personas que cazaban a caballo. Apeóse al punto, y observándolas con atención dijo: "No montan como cristianos, y, por otra parte, nadie puede abandonar el fuerte". Los tres jinetes se reunieron y también bajaron de sus cabalgaduras. Al fin, uno volvió a montar y dió vuelta a un cerro, ocultándose. Mi compañero me dijo: "¡Ahora, a caballo! Cargue usted su pistola". Y él echó una mirada a su espada. "¿Son indios?", pregunté. "¿Quién sabe! (1). Si no hay mas que esos tres, importa poco". Entonces me ocurrió que el jinete que desapareció tras de la montaña habría ido a buscar el resto de su tribu. Se lo indiqué así; pero no pude arrancarle otra respuesta más que el "¿Quién sabe!" Sus ojos no cesaron ni un momento de escudriñar el lejano horizonte. Su extraordinaria sangre fría me pa-

reció una broma demasiado pesada, y le pregunté por qué no volvíamos a casa. Me sobresalté cuando respondió: "Ya volveremos; pero en una dirección que nos lleve cerca de un pantano, en el que podemos lanzar los caballos a todo galope, y luego apelaremos a nuestras piernas; de modo que no hay cuidado". Yo no me sentía tan seguro, y quería que aceleráramos el paso. Pero él me dijo: "No, de ningún modo, hasta que lo hagan ellos". Cuando nos ocultaba alguna pequeña desigualdad del terreno galopábamos; pero mientras permanecíamos a la vista continuábamos al paso. Al fin llegamos a un valle, y torciendo a la izquierda galopamos rápidamente hasta el pie de un cerro; dióme su caballo para que se le tuviera, hizo a los perros echarse, y luego, gateando sobre manos y rodillas, se puso a reconocer a los jinetes sospechosos. En esa posición permaneció por algún tiempo, y al cabo prorrumpió en una carcajada, exclamando: "Mujeres!" (1). Las conocía: eran la esposa y la cuñada del hijo del comandante del fuerte, que andaban buscando huevos de avestruz. He descrito la conducta de este hombre con todos los pormenores porque obró bajo la impresión plena de que eran indios enemigos. Sin embargo, en cuanto se dió cuenta de su absurda equivocación me expuso un centenar de razones por las cuales no podían ser indios; pero todas ellas se le pasaron por alto en el momento oportuno. Después de esto seguimos marchando, al paso y con toda tranquilidad, hacia un pico de escasa elevación, llamado Punta Alta, desde donde podíamos ver casi todo el puerto de Bahía Blanca.

Pocos días después vi otra tropa de estos soldados con facha de bandoleros, que partían en una expedición contra una tribu de indios de las pequeñas salinas, traicionados por un cacique prisionero. El español que trajo las órdenes para esta expedición era un hombre muy inteligente. Hízome una descripción del último combate a que había asistido. Algunos indios prisioneros dieron noticia sobre una tribu que vivía al norte del Colorado. Despacháronse contra ella 200 hombres, y descubrieron a los indios por una nube de polvo que levantaban los caballos al caminar. El terreno era montañoso y desierto, y probablemente muy alejado de la costa oriental, porque se alcanzaba a ver la Cordillera. Los indios, hombres, mujeres y niños, eran unos 110 en número, y casi todos fueron hechos prisioneros o muertos porque los soldados acuchillaban a todos los varones. Los indios se hallaban ahora tan aterrados, que no ofrecían resistencia en masa, sino que cada uno huía como podía, abandonando aún a su mujer e hijos; pero cuando se les daba alcance peleaban como fieras contra cualquier número, hasta el último momento. Un indio moribundo cogió con los dientes el pulgar de su adversario y se dejó saltar un ojo antes de soltar su presa. Otro que estaba herido

(1) Esta profecía ha resultado una completa y lastimosa equivocación: 1845.

(1) En español en el original.

(1) En español en el original.

se fingió muerto, y entretanto apretaba el cuchillo para dar un golpe fatal. El narrador me contó que al perseguir a un indio éste pedía a gritos misericordia, y al mismo tiempo con gran disimulo se aflojaba las bolas del cinto con ánimo de voltearlas y herir a su perseguidor. "Pero yo le derribé en tierra de un sa-blazo, y apeándome luego le corté el cuello con mi cuchillo". Este es un cuadro nada halagüeño; pero ¡cuánto mas repulsivo es el hecho indiscutible de asesinar a sangre fría a todas las mujeres que parecían tener más de veinte años! Cuando yo exclamé que esto me parecía un tanto inhumano, me replicó: "Y ¿qué hemos de hacer? ¡Así aprenden!"

Los soldados referidos eran tipos extraños: el primero, un hermoso joven negro; el segundo, un mestizo de indio y negro, y los dos restantes, un viejo minero de Chile, de color de caoba, y un sujeto de aspecto amulatado; ambos de catadura tan detestable como no creo haberla visto en mi vida. Por la noche, mientras estaban sentados alrededor de la hoguera jugando a la baraja, me retiré a un lado para contemplar aquella escena, digna de Salvator Rosa. Como se habían puesto al pie de una loma, pude mirarlos a mi gusto desde encima; en torno de los jugadores yacían tendidos los perros, y cerca de éstos las armas, junto a restos de ciervo y avestruz esparcidos por diversas partes, mientras a distancia un poco mayor se erguían las largas picas de los jinetes clavadas en el césped. Más allá, en el fondo oscuro, estaban atados los caballos, dispuestos para cualquier peligro súbito. Cuando el ladrar de uno de los perros interrumpía la quietud solemne de la desolada llanura, uno de los soldados dejaba la hoguera y, aplicando su cabeza al suelo, escudriñaba con atención el horizonte. Con sólo que el alborotador teru-teru profiriera su acostumbrado grito, había una pausa en la conversación y todas las cabezas, por un momento, se inclinaban un poco.

Carlos Darwin

(Concluirán en la próxima entrega)

La buena labor del senador Hiram Johnson

La nación está en deuda con el senador Hiram Johnson, de California, por la inteligencia y el valor que pone en la investigación de los empréstitos saxo-americanos y las concesiones en Colombia.

Mr. Johnson, virtualmente solo, está desenmascarando la combinación de poderes formada por el Departamento de Estado, los banqueros de Nueva York, el Secretario del Tesoro Mellon, y la Mellon Gulf Oil Co. Tiene además que moverse dentro de un Comité grandemente hostil dirigido por la administración insidiosa y reaccionaria del senador Reed Smoot.

Si Mr. Johnson no logra otra cosa que descubrir la conspiración del silencio que el Departamento de Estado echa siempre en torno a su poder en la finanza internacional, realizará una gran obra. Por muchos años ciertos funcionarios del Departamento de Estado han tendido a actuar como si fueran sirvientes de los banqueros y de las compañías petroleras más bien que del público saxo-americano.

Sin duda algunos de esos funcionarios—J. H. Herbert Stablen, por ejemplo—han cambiado su empleo casi de año en año del Departamento de Estado a los bancos o a las compañías petroleras, y luego otra vez al Departamento de Estado y de aquí a los intereses privados.

Mr. Johnson, por medio de preguntas a los testigos, ha sacado en limpio que el Departamento de Estado obtuvo de los banqueros de Nueva York más dinero para Colombia después de que el Presidente de esta república hubo notificado al Departamento de Estado que él había tomado a su cargo las reclamaciones de la Concesión Barco presentadas por la Gulf Oil Company, propiedad de Mellon.

La política secreta del Departamento de Estado ha sido llevada al extremo de rehusar el Secretario de Estado asis-

tente White, leer en el acto testimonial ante el Senado, el cable del Presidente de Colombia en que se resarcía a Barco, cable que admitió el haber sido leído por orden del Departamento de Estado a los banqueros de Nueva York.

Tenemos esperanzas de que el senador Johnson seguirá aplicando la luz de investigación del Senado sobre la diplomacia del dólar.

(Editorial del *New York Telegram* de Enero 16 de 1932, traducido para *Rep. Americano*.)

amiga y colaboradora Amanda Labarca Hubertson. Y con ello está dicha la excelencia de la citada revista. La recomendamos, pues.

Hemos recibido en estos días los números 30 y 31.

Cortesía de los autores:

Fernando Díez de Medina (La Paz, Bolivia): *Imagen*. Poemas. 1932.

Jules Remembers (Bell 8 (Sayago) Montevideo, Uruguay): *Desamor*. Montevideo. 1931. (Poesías).

José Varallanos (Apartado 705, Lima, Perú): *Ciencia de la paloma y trébol*. Poesías. Distribución gratuita. Nos tocó el núm. 48.

Juan Manuel Cotta (Pueyrredón 1128, Buenos Aires, Rep. Argentina): *Retazos de pampa*. (Cuentos) y *Líneas paralelas*. (Poesías). Buenos Aires, 1931.

Alone (Ejército 371, Santiago de Chile): *Panorama de la Literatura Chilena durante el siglo XX*. Editorial NASCIMENTO. Santiago, Chile, 1931.

Benjamín F. Zeledón: *Canto a México y otros poemas*. Managua, Nicaragua. 1932.

Pablo Rojas Guardia (Apartado 605, Caracas, Venezuela): *Poemas sonámbulos*. (1927 a 1929). Editorial ELITE. Caracas. 1931.

José Rumazo González (Apartado 543, Quito, Ecuador): *Proa*. (1930). Editorial BOLÍVAR. Quito. Poesías: *En la Biblioteca Ecuatoriana*. Nos tocó el ejemplar No. 158.

Clarence Henry Haring. (Professor of Latin America History and Económicas. Harvard University): *South America Looks at the United States*. New York, Macmillan Company. 1929.

Antonio José Uribe (Bogotá, Colombia): *Colombia, Venezuela, Costa Rica, Ecuador, Brasil, Nicaragua y Panamá*. Las cuestiones de límites y de libre navegación fluvial. Bogotá. Imprenta MINERVA, 1931.

Del mismo autor:

Colombia y el Perú. La cuestión de límites y de libre navegación fluvial. Bogotá. Imp. MINERVA, 1931.

Colombia y los Estados Unidos de América. El canal interoceánico. La separación de Panamá. Política internacional económica. La cooperación. Bogotá. Imprenta NACIONAL, 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Los folletos:

La marcha libertaria de América, por Ernesto Aliaga Suárez (Conmemorando el centenario de los Libertadores). La Paz. 1930.

Aspectos económicos de la Legislación sobre indios del Río de la Plata en el siglo XVI. Edición de «*Antología Jurídica*». Buenos Aires. 1931.

El excomulgado, por Juan Montalvo. Publicaciones de la Biblioteca de Autores Nacionales. Ambato. 1931.

War resistance, by William Floyd, New York City.

Organización mundial de la Enseñanza, por Guillermo Martínez Pérez. Tomo I: Suecia, Dinamarca, Finlandia, Noruega, Alemania. 1931. Santiago de Chile.

La rinconada (Novela), por Pedro Echagüe. Publicada por el Instituto de Literatura Argentina. Buenos Aires. 1931.

De *Mamita* hace días estamos por hablar. Se trata de una preciosa revista semanal de cuentos infantiles que se publica en Santiago de Chile (Casilla 84-D. Santiago). La dirige la insigne educadora, nuestra

Carmen

— Del libro en prensa: *Cromos*. Envío del autor —

Sentados en los bancos del quiosco, tomaban el fresco varios amigos, artistas de buena pasta.

—Ayer noche casó Carmen Hernández,—dijo Mario, periodista de nerviosas actividades, y como tal, bravo cazador de noticias.

Y para recordar sonrosados días de su juventud:

—Voy a contaros...

—Una historia? Preguntaron sus compañeros, a una.

—Sí. Escuchad:

En noviembre de mil novecientos veinte, finalizaron en el Seminario las clases del año escolar. Los alumnos del internado, por remate candorosos y tímidos, partimos alborozados a disfrutar del asueto, ávidos de luz y salud, y sobre todo, de libertad.

Rápido, tarareando un aire de villancico, tomé el tren camino de mi casa de provincia. Yo iba con bastón; llevaba los bolsillos provistos de cigarros de papel, y un equipo soberbio: dos camisas hechas un ovillo, envueltas en periódicos. Así, viajero para rato y seminarista para poco, me recibieron, alegres, dadivosos mis padres. Vinieron con el rodar de los días, las presentaciones que hacen las madres del hijo que regresa a sus brazos después de larga ausencia. Entre algunas nuevas amigas conocí a una vecinita llamada Carmen: la muy adorable joven que se desposó ayer noche.

La familia de D. José Hernández,—así el nombre del padre de Carmen—y la mía, juntas marcharon al campo a pasar una corta temporada veraniega. Felicidad!

Toda llena de suaves armonías la mañana. Estábamos en el predio, Carmen y yo. El ganado pacía en los rastrojos. Atada a un naranjo desmochado, nos miraba una vaca de ubre amapolada. Y admirábamos la naturaleza. Los anonos, con sus sazonados frutos; los mangos húmedos bajo la ablución matinal; los granados, de flores entreabiertas, aderezadas de rocío, y de ramas fuertes en donde se adivinaba el ardor de la savia del trópico; las abejas que discurrían en ramilletes, de enredadera en enredadera, de tronco en tronco, en busca de miel, ¡oh Maeterlinck!; las sombras viajeras proyectadas por altas nubes; la algarada jocunda de los pájaros, en suma, que surgía de los nidos, de las fuentes, del aire; y arriba el vasto cielo donde ha puesto Dios tanta magia y tanto hechizo.

En el arbolado Carmen se subía a los nisperos. A veces, arrellanada en frondas propias como para troncos de reinas campestres, rompía a cantar. Frecuentemente se columpiaba mostrando sus pantorrillas cubiertas de medias de seda, sujetas con ligas que imaginara David, el pintor. Ella, satisfecha de sus melindres, sacudía con inquietud, su cabecita, y sobre la frente, le caían, opulentos, los cabellos dorados.

No muy lejos se veía blanca, blanca, nuestra casa, rodeada de orquídeas y de grupos de lilas.

Hecho un Romeo, en aquella ocasión la declaré mi afecto, con palabras trémulas. Los dos juntos y solos. Y sin perfrasis:

—Te quiero!

Y en la posesión de su coquetería:

—Bah!

Tomé sus manos de alabastro entre las mías. Manos que soñé eternamente mías! Mi amada temblaba de miedo y de amor. Volaban mariposillas sobre rosas abiertas. Pasó una onda de perfume enamorado.

Ella, con un extraño mohín, cruzando el índice sobre los labiecitos purpurados:

—Chito...!

Todo se hizo cóncavo, para oír.

Y señalando a un lugar, observó:

—Mira...

Tras un tronco que tenía una cimera de helechos, hubo breves estremecimientos de hojas.

—Hum!

—Santo Dios!

Nuestros padres nos miraban a la husma; nos atisbaban cautelosa, infameamente. Con el rostro enrojecido, corrimos azorados, por veredas y ribazos, salvando zanjas, hasta llegar a un paraje distante. Nuestros corazoncillos saltaban como gorriones en peligro.

Sin embargo, ¡cuán dichosos!

Tiempos idos! Tiempos lindos!

Reminiscencias perfumadas: ¡qué tormento!

Transcurrió una semana. Y otra y otra. Crecieron nuestras ambiciones. Ansias locas y sagradas nos revelaron el secreto que, transmutado en música, se dicen los pájaros en el móvil regazo del nido. Mi adorada me dió valor. Vino el compromiso matrimonial. Era tiempo. Enterados nuestros padres, consintieron en la boda de muy buen grado. El desposorio se debía efectuar el quince de febrero de mil novecientos veintiuno.

Llegó la fecha esperada.

Un palacio era el domicilio de Carmen por su pompa y engalanamiento. Los corredores, enguinaldados con ramos de claveles y espárrago. El piso, con alfombras color de malva y gualda. Aquí acuarelas; allá figuras, caprichos, tapices con asuntos de Chardin; acullá

trípodes con guarías en flor o palomas de armiño, disecadas.

En el patio, bajo un pabellón, los músicos afinaban violines y violoncelos. Por doquier, damas de cuerpos esbeltos; fulguración de joyas y reverberaciones áureas; ojos que a la luz rubia de las arañas son inefables.

Efluvios de ilusión y ensueño, enviaba la noche.

El cura, ¡oh singularidad!, con barba y mostachos renegros, repartía saludos a los invitados que formaban corrillos. Los sirvientes se codeaban y secretaban.

Por todas partes sonrisas y miradas maliciosas...

La causa? A decir verdad, yo la ignoraba.

Mi suegra, muy complaciente, ora atendía a la concurrencia, ora daba órdenes a los criados.

Las ocho de la noche. Comienzos de la fiesta.

La orquesta preluvió la marcha nupcial de Lohengrin: fa, si, si, si...

.....

Atravesamos pasillos y aposentos encaminándonos a la sala destinada para la ceremonia. Carmen, del brazo del representante de mi suegro, (éste no aparecía), iba bella como una alba de mayo, la faz divinamente dulce, la cabeza hierática, con el cariño en los ojos encantadores de frescura, de gracia, y toda ella realzada por el velo de novia sembrado de azahares, como su alma de ternuras. Seguía el respetable séquito de padrinos e invitados, entre quienes iba pálido, nervioso de felicidad, el novio: este servidor...

El señor párroco se preparaba a la delicada misión, cuando...

Ajo! —cómo decía Ibero.

Mi suegra, avanzando con la majestad de un buque de guerra, exclamó:

—Basta, basta! Venga mi muchachita!

Y tomando a Carmen por los brazos, la levantó en vilo estrechándola contra su pecho, y se alejó despacio la muy tudenta con una sonrisita maligna.

La boda no se podía efectuar.

—¿Por qué la imposibilidad del enlace?—preguntó uno de los que oían esta historia.

—Ay! amigo mío! Si Carmen, truenos!, frisaba en los doce abril...; y yo, bendito sea Dios, en las trece primavera!

Y después de una gran fuga de risas:

—Y tú?—observó el más joven agitando con ambas manos su florida melena de gallardo garzón.

—Yo salí a escape—repuso Mario;— loco, sin rumbo; avergonzado.

—Qué diría entonces el párraco?—inquirió otro, con incisiva curiosidad.

—El cura, el cura, pobre de mí! cabeza de chorlito. Era nada menos que el gánapiro de mi suegro: el ausente...!

La risa de aquellos amigos fué estrepitosa; y el corazón de Mario, cicatrizado ya, tornó a sangrar.

Carlos Jinesta

Costa Rica, 1932.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta.

HORAS DE OFICINA:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Poesías

= Envío del autor =

Canción de la mujer que regresa del baño

Puñales del mediodía
sobre la piel en ahinco.

La danza del agua pura
en derredor de tu cuerpo.

Desnuda. Desnuda como
el cielo ahogado en los ríos.

Se iba a alzar el gran vuelo
del alba en los senos tuyos.

La danza del agua pura
en derredor de tu cuerpo.

Tu risa al través del día
pintando de plata el aire.

Sobre tus aves ocultas
echaste un clima de seda.

La danza del agua pura
en derredor de tu cuerpo.

Paz tranquila de corazón

1

Lejos del cielo libre, dormida pluma.
Atado el canto.
Piernas sin voluntad de avance.
Sueldo de perfecta jornada, estrellas.

Es el regreso de un sinuoso viaje.
Apagado el clamor del mar en el agua que bebemos.
El viento blanco plegado en el lino blanco.
Lejos todo. Y aquí,

nada más que tu golpe de rosas.
Nada más que tu alma de carne.

Silencio de los ojos cerrados, dormida soledad.

Presencia definitiva de todo. Es el más puro naufragio.
Ya mi flecha no puede armar su juego
—susto del aire hacia tus pájaros.—
Nada.

Ni tu cuerpo de nidos, ni tus aves ocultas.
Nada en que puedas fugarte.
Sólo tú. La que eres. La que nunca fuiste de nadie.

Nada más que tu golpe de rosas.
Nada más que tu alma de carne.

Paz tranquila de corazón.
Todo. ¿Lo sientes?
Todo va llenándose de nuevo
de su esencia.

2

En esta hora blanca de amanecida
tú duermes aún la pura soledad del sueño.

Todo se ahoga en la noche de olas negras.
Todo.

Los pájaros van vistiéndose de azul el cielo y el agua.
Cantan y tú, duermes.
Te siento recostada en un pecho varonil.
Y yo, alto y encendido—despierto—como un faro.
Velando con un ojo de angustiosa alegría.
Y esperando el regreso de tu viaje a las estaciones
de sueño.

Este poema debiera ser alegre como la lengua
de los pájaros en las puertas del día.
Pero tú duermes en esta hora blanca y yo,

sueño mi irrestañable deseo de poseer
tu vida.

Escribiría hasta que el sueño—el sueño—
me hiriese sin remedio. Pero tengo una fuerza
de día que nace o de mundo nuevo o simiente
sin mordisco maligno.

Estás ahora donde no podemos estar juntos.
No podemos estar juntos.

Ahora, yo no existo sino
como un sueño fortuito en tu sueño y tú lo sabes.

Estoy frente al amanecer gozando
esta dulce pena de sentir que duermes
en olvido de mi corazón.

Mientras mi corazón navega hacia tu sueño
cantando: despierta y vamos
a recibir el día puro.

Pero estás lejos ahora, lo sé, y el amanecer
se hace profundo.

Poemas

1

NO ME RESIGNO A ABANDONAR
este dolor. No me resigno.

La frente inútil caída
en mi hueco de manos.

Me quedaría solo. Diciendo voces a la tierra
sorda. Pero atado a la herida.

Qué cristal desnudo, qué naturaleza
vibrante. Y qué dulces respuestas.
Cada vez más adentro de este país
que yo poseo, y no sé dónde está
el límite.

Giran los puntos cardinales.
El trágico viento arrastra aguas negras.
Melladas cuchillas de luz y manos
de sangre, y no me resigno,
no me resigno a abandonar
este dolor.

La frente inútil caída
en mi hueco de manos.

2

Pájaro sin alma de gorgojo,
mi corazón atormentado yace
bajo la luna.

Carne de viento roza los paisajes
remotos.

Ríos lejanos levantan su casa de ruido
ferviente.

Pájaro sin alma de gorgojo.
Plegada tienda de bullicio,
mi corazón caído.

Ya está concluido el canto. Ya está lejos
el peregrino a quien lo he dado todo.
Estoy vestido de luces muertas
de todas las cosas que vivieron en vano.
Nadie comprendería el idioma sin cuerpo
sino pura canción desolada, filo de soplo cálido
y dulce.

Pájaro sin alma de gorgojo
mi corazón atormentado yace
bajo la luna.

Isaac Felipe Azofeifa

Santiago de Chile, 1932.

Croquis realistas

El pueblo y sus gentes

= Envío del autor =

Después de alzarnos sobre colinas escalonadas como las espaldas de una M; de sentirnos con alas en los bordes de los precipicios y hormigas entre la polvareda de los caminos; de interpretar el hastío de un caballo que filosofa en mitad de una pendiente y de maravillarnos nuestros ojos de horizontes azules y de caseríos blancos, hemos llegado a una aldea.

Esta aldea es como todas las aldeas. De lejos: blanca, sonriente idílica. De cerca: sucia, apática, miserable. Sus calles son tortuosas, empinadas en sube y baja, como si el poblacho estuviera agitado por un ataque epiléptico. Las casas tienen techos de paja, puntiagudos como gorros de pierrot—trágicos pierrots de la miseria—y paredes de lodo y cañas. Y son tan leves que parece que el viento ha de inclinarlas como a los bambúes.

Se ven mujeres de vientre fecundo, siempre alzado, como un contrapeso a la canasta de frutas o al haz de leña o al cántaro de agua, que doblan sus espaldas de hembras cansadas, ya sin coquetería y sin lujuria; y en cuyos ojos tristes se ha plasmado el gesto de una embrutecedora fatiga.

Hay multitud de perros llenos de sarna y de bilis, que ladran a toda hora. En la familiar vida del pueblo los perros son conocidos por sus nombres, tan conocidos por lo menos como sus dueños. Se sabe de sus vicios, de sus defectos y de sus relaciones. Lo mismo que a los hombres, a unos se les teme, a otros se les desprecia y a la mayoría se les odia. Ellos colaboran en las simpatías y en las enemistades de sus dueños, son sus cómplices. El marrano es el único feliz. Entre tanta miseria, él vive opulentamente, dueño de inagotable provisión de lodo y desperdicios. Y así como vemos mujeres cargadas de chiquillos desmedrados, vemos marranas seguidas de una prole abundante y robusta; así como hemos encontrado mujeres víctimas de un trabajo inicuo y grosero, encontramos marranas libres y sensuales, seguras de que para sus hijos no ha de faltar—como para los hijos de los hombres—el alimento, ya que el pueblo promete ser sucio por mucho tiempo todavía.

En las tardes el campanario de la ermita, ante quien las casas parecen de rodillas, canta la misa del retorno y a su influjo van surgiendo por las veredas los campesinos que regresan de la faena, llenos de polvo y sudor. Los sembradores que arañando las cicatrices de la tierra han preparado el pan para toda una colina, vienen agotados por la lucha en pleno sol; los leñadores traen todavía pegada a las manos la savia de los árboles decapitados por el hacha y en los oídos el lamento del bosque herido, que repercutió por toda la montaña; los carreteros—inconscientes devoradores de distancias, por cuyas pupilas las lejanías desfilaron sin cuajar una



JULIO ENRIQUE AVILA continúa la serie eficaz de escritores latino-americanos que llegan a una Secretaría de Educación con el nombre de Sarmiento y el de Vasconcelos en la frente, para consejo y encendimiento, a comprobar que el escritor sirve tanto como el buen pedagogo en una empresa de cultura popular.

Prosista cuidado y arribado a sobriedades, él ha hecho periodismo del mejor; poeta, en prosas breves y en dos volúmenes de versos; ensayador de un teatro libérrimo en la línea de Maeterlink, todo lo hace, en literatura como en educación, con probidad intelectual, con madurez de cultura y con definitivo buen gusto.

Gabriela Mistral

Guatemala, octubre de 1931.

emoción—vienen con los ojos opacos, que saben ver a través del polvo y de la sombra. Todos sin otra inquietud que mantener viva la lumbrera de su puro y sin otro sueño que el exiguo plato de frijoles, que cumple con su cometido de ayudarles a no morir, y el duro tapexco de varas, que será blando lecho de plumas para su cuerpo destrozado.

Pero me olvidaba. Hay para ellos algo que sintetiza sus anhelos, algo que les permite evadirse de ellos mismos. Nosotros, los que disponemos de teatros, música, lecturas, y aun de la simple contemplación o de la infinita espiral de un pensamiento, no podemos concebir esa deprimente angustia de estar siempre consigo mismo, rondando alrededor de su miseria, espectros de seres vivientes, eternamente despiertos bajo el azote de una realidad que no les permite alzarse en el olvido de un sueño. Hay para ellos un único anhelo posible a sus

facultades y a sus medios: la borrachera del domingo. Con majestad olímpica penetran a la taberna y, bajo la propicia exaltación de licor, toman al desquite de todas sus humillaciones; su boca olvida el duro rictus de la esclavitud, y por sus ojos enardecidos se presiente una chispa, una posible chispa de energía y altivez, que con el tiempo pueda prender la hoguera de la redención. Algunos espíritus generosos han iniciado cruzadas contra el alcoholismo, el vicio denigrante que es como un cáncer para la conciencia del pueblo. Sin embargo, esos nobles esfuerzos no han obtenido ningún resultado práctico. El problema tiene diferentes aspectos; y antes de atacar los efectos, debemos suprimir las causas.

Nosotros no vemos en el vicio más que los resultados, de tantas maneras crueles e inmorales: la degeneración, la miseria, el crimen. Pero para ellos es algo más: es la liberación, el olvido, el desquite. ¡Es la única riqueza que poseen! Antes de quitársela, debemos pensar qué les daremos en cambio para el espíritu. Para ese pobre espíritu, ahorrado y nulificado por nuestra avaricia y nuestra indiferencia.

El hogar campesino

El hogar es para la gente aldeana, por las circunstancias difíciles de su vida, más que todo, una defensa contra la miseria. Raramente ha nacido de simpatías, casi nunca de amor. Los sentimientos delicados difícilmente pueden subsistir con la miseria, pero con la miseria y la ignorancia juntas, no los encontraremos nunca.

El amor... La ternura... qué vacías de sentido son estas palabras para un hombre que no ha tenido nunca tiempo para admirar, ni capacidad para la meditación. Lo más que podemos pedirles es bondad, sencillez, paciencia; y en verdad que hay entre ellos espíritus bondadosos, sencillos y pacientes, ¡tan pacientes!... Capaces de privarse de su yantar humilde para ofrendarlo al que llega a su rancho hambriento y fatigado. Pero el don de la caricia, el milagro de poner suavidad en la rudeza, la gracia de saberse otorgar un mimo hecho con el alma, eso no... No les queda tiempo a los pobres para aprender a eso.

Un jornalero—que lucha desde el alba hasta el atardecer, con instrumentos toscos y pesados, bajo el sol y el polvo—necesita una samaritana que al cenit, cuando la sed abrasa y el hambre apremia, ponga en sus labios un jícara de agua fresca y un primitivo bocado que engañe el apetito. Necesita una compañera que le espere a la oración con el fuego encendido y la cena lista; que por las noches, cuando la luna se deja ver, escuche de sus labios alguna canción simple y melancólica, acompañada con la vieja guitarra. Una hembra que, cuando el sueño y la fatiga no lo vencen, le ayude a representar una burda parodia del amor...

(Pasa a la página 95)

Los sucesos de El Salvador Masferrer y la jauría de Ubico

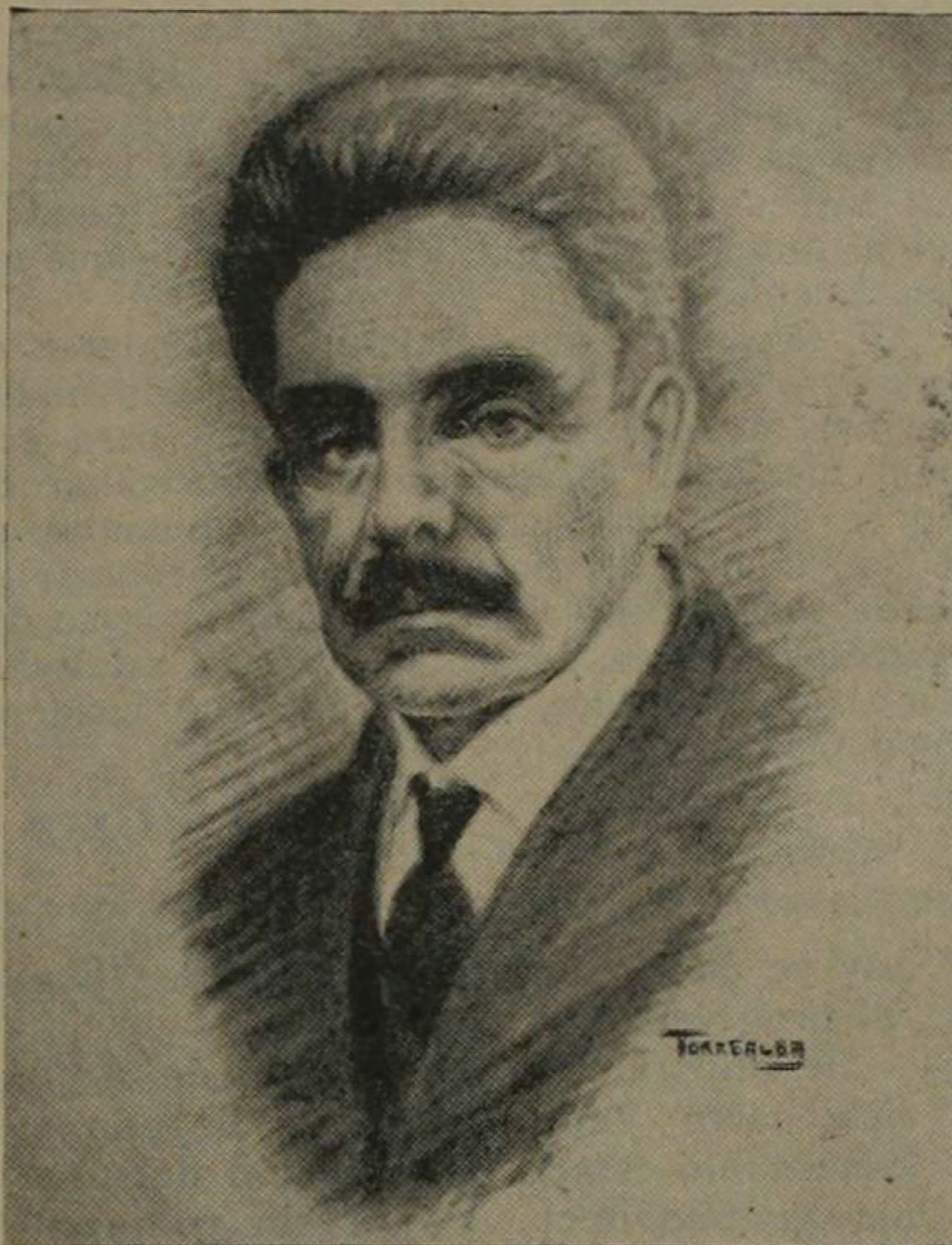
= Envío del autor =

En Centro América lo sabe todo el mundo. Fué en hombros del maestro don Alberto Masferrer como don Arturo Araujo llegó a la presidencia de El Salvador. Araujo formó el llamado partido laborista, le prometió a Masferrer cumplir con los postulados del vitalismo masferreriano, y el maestro, con su vasta popularidad, dió el triunfo a Araujo.

En El Salvador no hay sino dos clases: la rica y la paupérrima. Es quizá el único país en donde se han improvisado verdaderas fortunas con el café. Y es que la tierra está acaparada por el rico, y el campesino, sin duda alguna, es explotado inmisericordemente. Las condiciones del campesino son algo menos que miserables. Y la prédica vitalista de Masferrer ha tendido precisamente a mejorar al campesino, a crear una cultura en donde todos quepan como hijos de Dios, haciéndole ver al rico que ese dinero sacado de la extorsión es "dinero maldito" (para usar sus palabras), y que constituye un peligro, porque, con los vientos que corren en el mundo, el campesinado salvadoreño acabará por violentar su destino. Hay que recordar que el territorio es pequeño y la población muy densa, siendo esto la base del problema, único en América.

Los últimos sucesos de El Salvador, dolorosos por sangrientos, han venido a cumplir la profecía de Masferrer. Sin embargo, la intransigencia del dinero, en lugar de convenir en que Masferrer tenía razón y tratar de ceder; en lugar de buscar cómo enmendarse, le echa a él la culpa de todo lo que sucede, porque "a su doctrina bolchevique se debe esto"... ¡Y cuán lejos está el vitalismo masferreriano del comunismo!

En realidad, en El Salvador, no existe verdadero comunismo. No se trata, pues, de doctrina comunista. La realidad salvadoreña es otra. Se trata de un pueblo que quiere tierras, protección, VIDA; un pueblo desesperado que pugna por VIVIR. Pocos pueblos hay tan industriosos y trabajadores como el salvadoreño. Y pocos tan viriles. Hasta hace poco este era un pueblo disciplinado, respetuoso, ordenado. Pero un día aparece la propaganda comunista ofreciéndoles liberación y ven en esa doctrina violenta, no un ideal, sino una salvación. Si al campesino salvadoreño le dan un pedazo de tierra, o siquiera lo ponen en condiciones humanas para trabajar, automáticamente deja de ser comunista para convertirse en el más cumplido propietario o en el mejor de los trabajadores. Masferrer vió claro y habló a tiempo. Después, hasta la Iglesia católica, tan amiga del rico, poco antes de los últimos dolorosos sucesos ha hablado por boca del Arzobispo de



Alberto Masferrer

(Crayón de Octavio Torrealba.
De un grabado de 1920).

Don Alberto Masferrer

= Envío de la autora =

El deseo infinito de que los hombres vivan sin miseria, ha creado a don Alberto Masferrer una serie de dificultades dolorosas.

Me pongo a releer su Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispanoamericana, y a meditar en su campaña por llevar a la realidad su MINIMUM VITAL, que no encierra sino un plan de mejoramiento de vida para el trabajador, y lo absurdo de la sociedad humana, que siempre persigue a quienes tratan de ennoblecirla, resalta con un relieve cuyos ángulos y aristas se me meten como espinas y filos entre el pensamiento.

La amargura que la experiencia del comercio con los hombres ha exprimido en el espíritu de este varón generoso, sufre allí, quién sabe por qué fenómeno de química espiritual, una transformación en sentimientos de una ingenua y dulce confianza en la bondad del alma social de estos momentos. Y el fenómeno se manifiesta en una doctrina que hace pensar en una paloma blanca cuyas alas se dejan libres en un campo que se sabe poblado de ratas y gavilanes.

¡Qué cosa sin sentido nos resulta el cristianismo de Masferrer en nuestra América Central que, gracias al Canal de Panamá, no es sino el rabo de los Estados Unidos, tierra fría, dura y lisa en la cual sólo las máquinas encuentran en donde pacer... Algo así como una rica espiga de trigo maduro cuyos granos se regaran, con el fin de hacerlos germinar, sobre una plancha de acero limpia de todo grano de polvo. (Porque la exhuberancia del trópico nada tiene que ver con el egoísmo del centroamericano que se dice civilizado: un egoísmo que también viene siendo como el rabo del egoísmo del yanqui).

Da dolor pensar en este hombre de 65 años que tiene que salirse de su patria—abatida la cabeza llena de nobles ideas—al contemplar deformado entre manos salvadoreñas su anhelo de justicia. Busca refugio en Guatemala, de

(Pasa a la página que sigue)

El Salvador, llamando al capital a la misericordia y al buen entendimiento con el trabajador. Pero el egoísmo capitalista, especialmente en El Salvador, es sordo y sordido. Y el campesino, mal dirigido, se lanzó a la más extrema violencia, obligando al gobierno a reprimir con mano dura la agresión. Sin embargo, los hombres que actualmente gobiernan, comprensivos, saben que hay un gran fondo de justicia en todo esto, y están dispuestos a elaborar leyes avanzadas que protejan al pueblo y armonicen la vida salvadoreña. Si la violencia fué estúpida, la sangre derramada de los salvadoreños no será vana. Todo esto se hubiera evitado si la argolla capitalista que manejó el gobierno en el pasado hubiera oído a tiempo a Masferrer.

Volviendo a Araujo. Jamás un pueblo fué tan defraudado como el salvadoreño por el señor Araujo. Le ofreció tierras, le ofreció leyes protectoras, le ofreció todo. Masferrer creyó asegurado el triunfo de su doctrina vitalista. Y... llegada la hora, por cualquier cosa que los campesinos reclamaban contra los patronos despiadados, Araujo les contestaba con las ametralladoras. Vino el estado de sitio perpetuo; y las matanzas de hombres que pedían pacíficamente justicia, en manifestaciones organizadas. Y Masferrer, desilusionado, defraudado como su pueblo, derrotado, se reitó de Araujo, lió su maleta, y se fué a buscar olvido a Guatemala, en donde antes fuera siempre bien recibido por todos, especialmente por estudiantes y obreros. Y allá siguió predicando para la América entera su doctrina vitalista.

Guatemala, como Venezuela, es cuna de próceres. Allá nació la independencia. Allá se incubó la libertad. Y, para ludibrio de la libertad y de la independencia, desde el momento en que Guatemala, como Venezuela, se constituyó en república soberana, se inició una cadena de tiranías a cual más negra cuyo último eslabón llega hasta nuestros días. ¿Qué signo fatal rige la vida de esos dos pueblos próceres?...

Masferrer no podía durar mucho tiempo en Guatemala. Antes los tiranos perseguían a sus enemigos o supuestos enemigos. Hoy existen problemas sociales en el mundo cuya resolución ven con ojeriza las tiranías autocráticas. Además, Ubico le debe su presidencia a los yanquis, que lo impusieron, y no permite a los anti-imperialistas. Así fué que un día de tantos se le prohibió a Masferrer dictar una conferencia. Y entonces resolvió marcharse a Honduras. En San Pedro Sula, a su llegada, declaró en una entrevista para el diario "El Norte" lo siguiente:

"También en Guatemala el gobierno tiembla o finge temblar ante el comunismo. En estos días se hablaba oficialmente de muchísimos presos—cuatrocientos, decían los particulares mejor informados. Según los voceros del presidente Ubico, Guatemala estuvo a punto de constituirse en un nuevo régimen soviético; y él, el general Ubico, es el salvador del orden social. No sé hasta dónde el tarascunismo del señor Ubico habrá matado leones en las pacíficas comarcas de su dominio; pero quienes recuerdan la mansedumbre sin igual de aquellas indias alimentadas con masa de chile—que son allá los únicos que podrían aspirar a un cambio de estructura política social—les han de parecer extrañas las afirmaciones del gobierno del general Ubico, y han de sospechar que está colaborando con él Tartarín, en una medida extraordinaria".

Estas declaraciones justísimas de Masferrer fueron recibidas con tal furia en la república de Ubico, que "El Liberal Progresista", o sea la voz del propio Ubico, se deja venir gritando insultos y calumnias contra Masferrer, diciéndole, entre mil cosas soeces que no se podrían reproducir sin enlodarse, que "así habla de Guatemala un descastado cuyo derecho para difamarnos sólo proviene de la negativa del general Ubico para concederle la limosna solicitada..."

Alberto Masferrer pidiéndole limosna a un tiranuelo ruín! ¡Eso nos faltaba! Acababa de tirarle a la cara a Araujo sus ofertas de lucro, y a renglón seguido lo quieren hacer aparecer pidiéndole limosna a Ubico... Si él es hombre de vida sencilla, puro, y no necesita manchar sus manos con el dinero ensangrentado de un tirano. Salarrué y yo somos testigos del largo y **carinoso** mensaje que el entonces presidente Araujo le dió de viva voz a Gabriela Mistral para Masferrer, llamándolo; mensaje que, con todo y ser Gabriela quien lo llevó, fué recibido con el más altivo desdén.

Y lo graciosos que resultan estos ruñanes de pluma de la tiranía al confundir a Guatemala con Ubico en eso de "así habla de Guatemala"... "cuyo derecho a difamarnos"... ¡Chillones eunucos de bajalato africano, que no incuban una larva y se atreven a macular una estrella! Viendo a su amo ofendido, terminan preguntando: "Cuál será para lo futuro la patria centroamericana de Alberto Masferrer?" Y se contestan, con aplomo: "Ninguna"...

En Guatemala—me lo han dicho centenares de personas, guatemaltecas y extranjeras—casi todo el mundo es espía de Ubico. Desde la gente que viste bien hasta la cocinera de casa y el pordiosero en harapos, todos forman parte del vasto engranaje de la policía secreta del déspota. Por eso allá nadie se atreve a hablar de política. La libertad, y la vida misma de los hombres, están expuestas al menor chisme de un espía. Es el viejo sistema de la tiranía, refinado por Estrada Cabrera, aquel sanguinario sombrero de quien Ubico hereda todo, hasta el partido que lo llevó al poder y que

Don Alberto Masferrer...

(Viene de la página anterior)

donde lo echan: no es persona grata para el gobierno de Guatemala. Y es lógico. ¿Cómo va a ser grata la presencia de un hombre que aun cree en la bondad de los evangelios de Cristo y trata de predicarlos, en un país en el que todavía los huleros prefieren alquilar indios que mulas para el acarreo del caucho, porque de los malos tratos a la mula tendrían que dar cuenta al dueño de la bestia, mientras que al indio pueden matarlo a palos sin que nadie reclame?

Y Masferrer ha tenido que refugiarse en Honduras. Quizá Tegucigalpa haya sido un lugar más acogedor, más hospitalario para este viejo idealista. Pensamos en Tegucigalpa como en sitio más acogedor, más humano, en el cual el hijo del hombre puede encontrar en donde reclinar su cabeza cansada, porque Tegucigalpa todavía no tiene las calles asfaltadas como San Salvador, ni un gobierno prudente como Guatemala.

Carmen Lyra

Costa Rica, febrero. 1932.

hoy se da el pomposo nombre de "liberal progresista".

De ahí que ningún pueblo de América, salvo Venezuela, haya llegado al lamentable estado de abyección del pueblo guatemalteco. Y eso sin comprender a la casta indígena, que es la inmensa mayoría, porque ésa, desde los tiempos de la colonia, no ha sido otra cosa que la bestia carguera bajo el látigo del capataz explotador, español primero, después criollo o extranjero. Recuerdo que hace pocos años presencié el cuadro más doloroso que puede contemplar un hombre. Fué en el Petén. Me interné sobre el Usumacitna hasta un poco adentro del territorio guatemalteco. Y pude ver con mis ojos recuas de indios cargados como mulas, y peor aun, puesto que una mula sólo lleva dos quintales, mientras que a un indio le ponen encima una red y un sobornal de más de tres quintales. No se ven más que dos pies caminando al trote bajo una carga... Unos capataces alemanes arriaban a aquellos infelices con un látigo pampero, de cabo corto y rabisa larga, muy larga, que sonaba despiadado y certero en las canillas desnudas. Inquirí; y supe que aquellos alemanes comerciaban con las chicerías del Petén; y que les salían más baratos los indios que las mulas, porque los indios sólo ganaban un mal mendrugo. y si alguno se moría en el camino, no constituía pérdida, ya que no se paga a nadie un indio muerto... Los alemanes—me dijeron—o cualquiera que necesite indios cargueros en Guatemala, no tiene sino llegar donde un jefe político cualquiera, aun en la propia capital, y contratar a tanto la cabeza... El jefe político manda a reunir los indios y los entrega al arriero. "Cuestión de doscientos pesos", me dijeron, "por una buena recua". Y los pesos de Guatemala en aquel tiempo eran centavos de dólar.

Jamás olvidaré el pujido del indio bajo el latigazo del arriero; ni sus caras desoladas; ni aquellas miradas opacas, de perro viejo, cuando en la parada se ponían en cuclillas a comerse una tortilla con no sé qué. Recordé entonces que desde hace cuarenta años hay en la ca-

pital un monumento a un tal "Reformador", (así con mayúscula), y que cada desalmado que va subiendo al poder, cada tirano, habla de "la Reforma", del "Liberalismo", del "Derecho", y... de "la Libertad"... (todo con mayúscula). Creen, o fingen creer, que esas palabras puestas en un cuaderno que se llama "Constitución Liberal", y que el tirano mete en una gaveta mientras enarbola el palo o alza el cadalso, son suficiente garantía.

Un día que en la oficina de "Repertorio Americano", en San José de Costa Rica, refería a varios amigos lo de los indios arriados, don Joaquín García Monge, indignadísimo, me dijo que hacía muy mal en no contar esas iniquidades en "Repertorio" para que las sepa el mundo. Le contesté que eso es muy sabido, y que además, habría necesidad de un libro entero para decirlo y comentarlo todo.

Sigue el indio esclavizado y la tiranía en su apogeo, y los gallináceos del diarismo a sueldo cacareando las excelencias del amo. La labor del intelectual guatemalteco, que podría ser fructífera si fuese honrada, no existe. El esbirrismo abarca también a los que bien o mal (generalmente mal) trabajan con la pluma. Esbirros de pluma. Eso son. Bajo la tiranía no puede volar ningún pensamiento generoso. El tirano no necesita sino dogos de pluma que estén siempre listos para soltarlos sin bozal al primero que, lejos del alcance de su mano implacable, se atreva a decir la verdad. El mero hecho de escribir en un país en donde la prensa no es permitida sino es a base, no sólo de callar ante la iniquidad, sino que de adularla, ya pone en entredicho a cualquier nombre que figure en esa prensa. ¡Qué no decir de quienes a tarascada limpia defienden al sátrapa!

Masferrer es hoy la víctima de la jauría de Ubico. El déspota los azuza; y ellos, claro está, ladran rabiosamente. Acostumbrado Ubico a pagar plumarios, y ellos a recibir paga, encuentran fácil y hasta natural que los demás puedan creer sus calumnias, y le lanzan a un hombre como Masferrer la pellada esa de que la crítica del grande hombre "proviene de la negativa del general Ubico para concederle la limosna solicitada". ¡Ya quisiera Ubico haber podido sobornar a un hombre de la talla de Masferrer! ¡No lo habría aflojado nunca!

Masferrer está ahora en Tegucigalpa. Pobremente, con esa pobreza limpia de su sesenta y cinco años fecundos, anda dando conferencias, como un simple labriego del pensamiento, en la alta siembra de su doctrina vitalista. Así se gana el pan.

Y que ladren los perros.

A. Ortega Díaz

San Salvador, enero 1932.

Artículo escrito antes de la matanza de comunistas. Hoy está el autor horrorizado de la barbarie del militarismo salvadoreño.

Ediciones chilenas que le ofrecemos:

Eliodoro Flores T.: *La puntuación en doce lecciones* \$ 2.50
Amado Nervo: *Sus mejores poemas* 4.00

Desorientación moral de la juventud

= Conferencia para ser discutida en la Tribuna de México.—Envío de la autora =

El problema

Vengo en esta ocasión ante ustedes con un tema ya tocado con anterioridad. El Ingeniero García de Mendoza hizo una exposición serena y ordenada: el señor Profesor Herrasti, vehemente y brillante en la suya, trajo un contingente valioso. Uno y otro tienen la amplísima preparación que en este asunto puede dar material muy rico para un curso o para un libro.

Yo quiero decirles que vengo con humilde sinceridad a explicar mi entendimiento sobre asuntos muy serios y que son por una parte el concepto que profeso de Ética Fundamental y también a sostener mi Credo y mi veneración hacia los hombres sabios que en asuntos de conducta han sido Maestros de la Humanidad, apoyándome en aquellos que tengo mejor conocidos.

Habló el Ingeniero García de Mendoza de que la juventud ignora los principios fundamentales de la lucubración moderna en el campo del Arte, de la Ciencia y de la Filosofía.

Estoy absolutamente de acuerdo en que vivimos ignorantes, en que las inteligencias no quieren someterse a la prueba de las disciplinas del carácter. Sólo que no es rebeldía de la juventud únicamente; es algo más grave, es pereza y testarudez de personas que llegan a la edad madura sin intentar alcanzar la espléndida culminación mental que da lo que anunciaba Juan el Bautista cuando decía: Evangelio de San Marcos. Cap. I. Ver. 8 "Yo a la verdad os he bautizado con agua; mas él os bautizará con Espíritu Santo".

El Arte

La emoción estética profunda, la que se inmortaliza, es aquella dada al mundo por un ser cuya esencia espiritual se impone sobre la vida de la materia o en términos modernos: "un ente que capta lo valente".

Así es como el poeta y el músico cantan sin idea de obtener ganancia. Su canto es como el del pájaro, cantan porque es bello cantar y los que quieren sumarse a ellos y persiguen otros intereses, no llegan a la inmortalidad. Hablan mucho del Arte porque ignoran su verdadera esencia y saben poco de su función en la vida humana. Son los que aprenden la pauta o la norma y en ella arreglan las voces oídas antes y cuanto más originales quieren ser, más vulgares resultan.

Dejemos que se oiga aquí la expresión de un poeta auténtico, de uno que trota por el mundo ayudando a una idea colectiva, la fundación de la escuela de Sankaitan, Tagore el maravilloso, que en el VII canto de "Gitanjali, dice:

"Mi canción ha puesto lejos sus adornos. Ella no tiene vanidad de vestidos y decoraciones. Los ornamentos vendrían entre tú y yo; su ruido apagaría tus secretos.

Mi vanidad de poeta muere avergonzada ante tu vista. Oh Poeta Maestro! Yo me he sentado bajo tus pies, sólo déjame hacer mi vida simple y recta, como una flauta de caña, para llenarla con tu música".

Ese que sabe oír la música divina, temblar de emoción y prosternarse ante el Espíritu, es un artista que nos dice bien claro la raíz del Arte.

Ahora expondré lo que Henri Borel reproduce en un párrafo que viene al caso sobre una conversación que tuvo con un sabio de un islote del Mar Chino en el templo de Shien Shan, acerca del Arte: "La Poesía. El más alto rango de la voz humana expresada por un poeta se origina por un gran amor hacia la Poesía y por la seguridad que da en la expresión un profundo conocimiento de la belleza literaria de que históricamente dispone la humanidad". Sorprendido Henri Borel del conocimiento del sabio sobre la Poesía, le preguntó si era poeta—a lo que contestó—No, yo he aprendido a entender a los poetas, pero yo sé que mi sabiduría no es la Poesía".

El Arte es tan natural como el mar, los pájaros, los nublados, las selvas...

El artista es tan sabio cuanto un hombre puede serlo y tan dócil como un niño para captar la emoción estética

del Espíritu y hacerla llegar a los demás hombres con toda sencillez, como se da el aire, el agua y todos los bienes naturales que nos rodean.

Ciencia

Siguiendo a Max Scheler, de quien ya se habló aquí y tomando su clasificación de conocimientos, podemos designar a la Ciencia como el conocimiento de dominio.

La Ciencia que llega a las alturas del Arte y que se confunde con él. Por su manifestación que es el invento, pronto se convierte en pragmática, es decir, en acción manejada por hombres inferiores y se hace, en su forma elemental, un determinante de desorientación moral.

Para el hombre dedicado a la Ciencia, la Mecánica aplicada resulta un juguete, una revelación parcial y deficiente de la Mecánica Celeste, donde se mueven los mundos, sometidos a una Voluntad que no es la humana.

El científico, como el artista poseen la revelación de su esencia espiritual.

Pero todo ser se manifiesta y así es como el poeta y el músico nos dan su canto; el pintor sus cuadros y sus inventos los hombres científicos.

Los demás seres humanos tenemos sólo la intuición de que esos hombres marcan el camino del Conocimiento de Salvación y cuando el instinto es elemental y no se eleva a un plano de comprensión, surgen quienes se improvisan de artistas y vienen los malos ciclos; porque se llenan con obras inferiores décadas, tal vez siglos, y retrasan la llegada de los mejores hacia la multitud, retardando posibilidades y ejemplos a entes bien dotados.

El hombre de ciencia da sus inventos, muchos de ellos, la mayoría, pueden ser usados por el primero que los encuentra a mano. El invento es casi siempre un instrumento de dominio y la especulación que con él se ejerce constituye la base del actual sistema económico en que se mueven las sociedades humanas.

Y no confundamos a los Técnicos con los Científicos. El Técnico domina un fenómeno sometido de antemano a la repetición por obra de la Ciencia y con el exclusivo propósito de aplicarlo a un determinado fin de uso social.

El hombre de ciencia busca la esencia del fenómeno, quiere acercarse más y más a la causa que lo origina. Sufre los tormentos de la duda y las alegrías de la revelación.

Los inventos de los hombres de Ciencia son instrumentos de dominio cuyo valor es temporal, muchas veces de resultados trágicos porque se usan de un modo infame.

Pero la Ciencia tiene un vínculo secreto con la Voluntad que maneja la Mecánica Celeste.

Estos vínculos secretos son los que le dan el sentido espiritual a la vida nuestra.

Filosofía

He aquí el conocimiento por excelencia, el que busca en todo el mundo fenomenal la Verdad Suprema, la esencia de todas las cosas y por tanto todos los Grandes Maestros han sido Filósofos.

Veamos como explica Laotzu cómo era la figura de un Maestro en la Antigüedad. "En los tiempos pasados era considerado digno de ser llamado Maestro aquel que era sutil, espiritual, profundo, sabio. Aquel cuyos pensamientos no podían ser fácilmente entendidos.

Desde aquellos tiempos los Maestros fueron difíciles de entender. Yo trataré de hacerlos diáfanos.

Ellos eran cautos, semejantes a los hombres cuando vadean un río en invierno.

Ellos eran renuentes, a semejanza de los hombres que recelan de sus vecinos.

Ellos eran reservados, como el huésped en presencia de su anfitrión.

Ellos eran fugaces, como el hielo a punto de fundirse.

Ellos eran semejantes a un valle entre altas montañas.

Ellos eran oscuros, como el agua revuelta.

Ellos eran cautos, porque fueron conscientes de la profunda significación de la vida y de sus posibilidades.

Nosotros podemos clarificar el agua dejándola en quietud y tomándola después despacio.

Nosotros podemos traer la conciencia a la vida por un lento movimiento de ella.

Pero aquel que tiene el secreto de TAO no desea más, teniendo su contentamiento es capaz de terminar la vida sin deseos y siempre está bien en los usos modernos".

Tal debería ser la personalidad del maestro, pero aún queda otra duda: ¿Cuál es el mejor Maestro? He aquí la contestación terminante: "El mejor Maestro es aquel que no pierde hombres ni palabras".

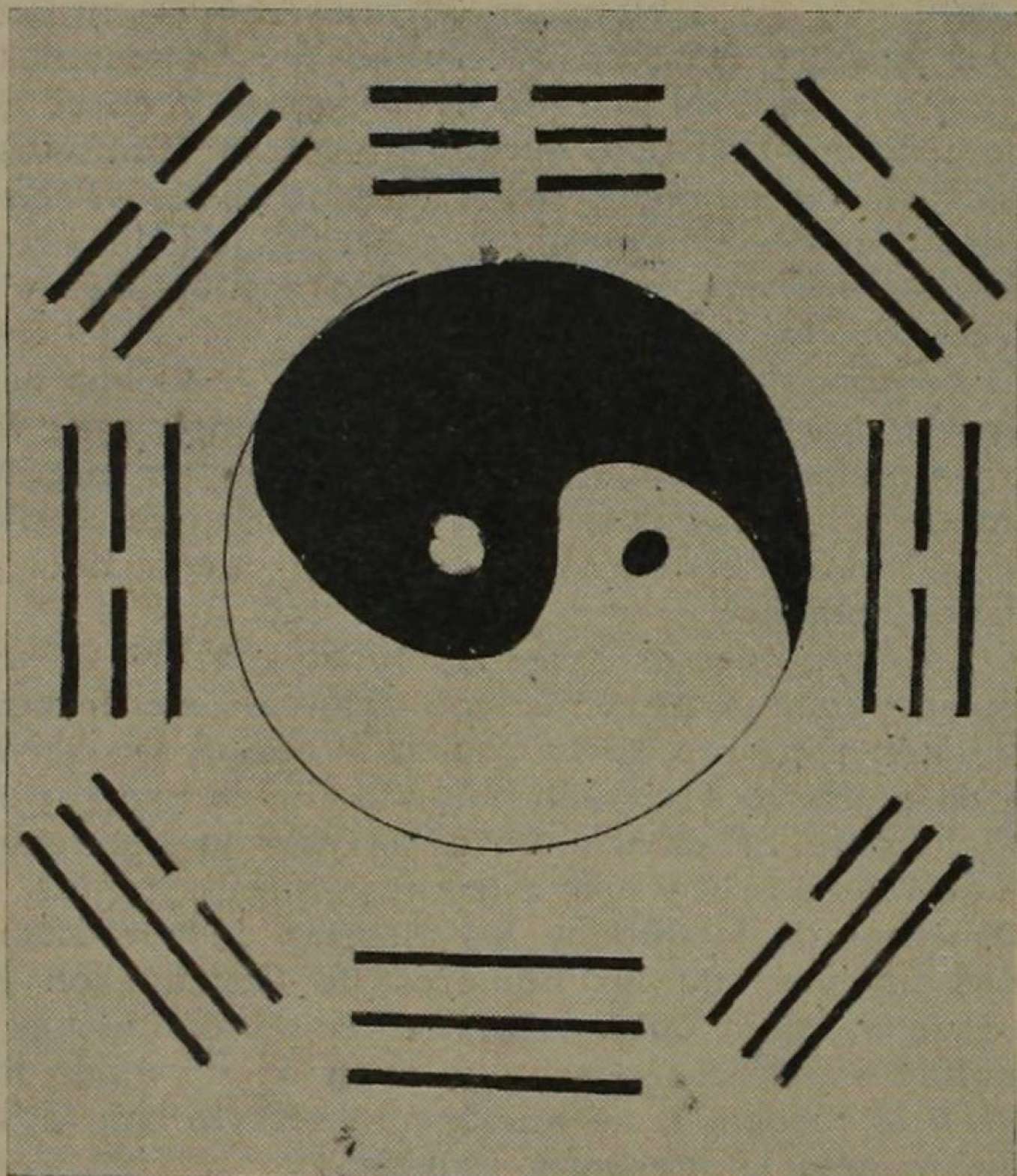
No pierde hombres porque da ejemplo de Virtud y todas sus enseñanzas son rectas. No pierde palabras, porque no trata de enseñar al que carece de comprensión.

Mi Creencia en los Maestros me hace sólo desear ser discípula aprovechada de ellos y no tratar de decir confusamente lo que ya ellos han dicho con claridad.

La conducta humana, el concepto del Bien y del Mal, he aquí el origen de todos los sistemas de Etica y en consecuencia de todos los sistemas políticos que han regido a las sociedades humanas.

El símbolo más claro de este concepto lo encontré en el Libro de las Mutaciones de los Clásicos Chinos y que me explicó mi muy amado Maestro Hugh Anderson Morán.

El símbolo es el siguiente:



(Del Libro de las Mutaciones)

La concepción filosófica china explicó la vida en este planeta como el resultado de dos fuerzas cósmicas que se combinan y producen la multiplicación de seres que mantienen la vida de las especies.

Estas fuerzas cósmicas que son en esencia el Principio Femenino y el Principio Masculino crearon al hombre y a la mujer fijando en ellos los conceptos del Bien y del Mal y en consecuencia la responsabilidad de la conducta.

No para allí, en el campo meramente temporal de nuestro paso por la sociedad humana, nuestra responsabilidad. Laotzu, vió, según la expresión de Dwight Goddard, en un vidrio ahumado lo que Cristo vió cara a cara. La responsabilidad ante el Padre de la Creación de salvar o perder nuestras almas para la vida plena del Espíritu.

Es mucho lo que se ha escrito sobre conducta y es mucho lo fundamental, es decir, aquello que persiste a través de los milenios. Por mi parte poseo una bibliografía completa dada por mi Maestro y que contiene los elementos necesarios para conocer históricamente y comparar las Siete Grandes Religiones del Mundo. La Bibliografía la pondré por conducto de nuestro Presidente a los miembros de la Tribuna que la soliciten. Las Religiones son las siguientes:

El Hinduísmo y el Buddhismo de procedencia India.

El Zoroastrismo y el Mahometanismo en Persia.

El Taoismo y el Confucianismo en China.

En el Mundo Occidental el Cristianismo, como una culminación de la vida espiritual de los Egipcios, Griegos y Judíos.

De esa Herencia histórica consignada en los Libros Clásicos de todos los pueblos, podemos extraer los elementos de una Etica Fundamental.

La juventud tiene razón en no aceptar al primer viejo que se le presente autoritario como su Maestro. Pero relacionarse con los Grandes Maestros, vivos o muertos, por conducto de los que los aman será mucho más fácil.

Yo sugiero lo siguiente para orientar a aquellos que sean capaces de orientarse:

I.—No presentarse nadie, que seriamente estudie Etica, como Maestro de Moral.

II.—Hacer llegar a los centros estudiantiles, a las Agrupaciones obreras y a los hogares las cosas fundamentales que hallemos en los Libros Clásicos de los pueblos que tienen cultura seria.

III.—Evitar y prohibir terminantemente que aparezca un cuerpo material, es decir Iglesia o Clero, dentro del espíritu de estas enseñanzas.

IV.—Que los boletines impresos o escritos a máquina no eroguen otro gasto que el indispensable de su publicación y que sea costado por el que haga la selección pasándolo para su distribución al Presidente de la Tribuna.

V.—El Presidente de la Tribuna, auxiliado por una comisión, determinará y dará aviso al interesado de si está o no de acuerdo en hacer la distribución en cada caso.

Elena Torres

Tacubaya, México, D. F. Dic. 8 de 1931.

Tarde nos hemos enterado...

Tarde nos hemos enterado de un artículo malévolo del señor Luis G. Nuila contra Gabriela Mistral y Palmita Guillén. Se publicó en *Revista de Revistas* de México, D. F., y nos extraña que una publicación de tan difundido crédito como esa, le haya dado cabida al injusto ataque del señor Nuila. Lástima que ciertas moscas verdes, en estas patrias desgraciadas, a veces hagan de la hoja impresa un muladar.

Me dicen que el señor Nuila es centroamericano. Cuesta, duele creer tal cosa. Pero así es el mundo del papel impreso: de anonimistas crueles y gratuitamente ofensivos está lleno, por desgracia.

Gabriela Mistral y Palma Guillén vinieron a Costa Rica porque las llamamos, porque queríamos conocerlas. Su traslado y estada no los costearon ni el Gobierno de Costa Rica, ni corporación alguna. Estuvo Gabriela como 10 ó 12 días con nosotros y se alojó en casa de su excelente amigo don Fausto Coto Montero. Le pedimos dos conferencias públicas en el Teatro Nacional y como eran para maestros y gentes de letras, en la primera se cobró por la localidad medio dólar y en la segunda, un cuarto de dólar. Los gastos que las dos conferencias ocasionaron en el Teatro Nacional, de su peculio Gabriela los pagó. Lo que sacó de las conferencias fueron cien dólares escasos; suma que no compensa la que gastó para entrar y salir de Costa Rica y que no paga ni remotamente los bienes espirituales que ocasionó su paso de viadora a las gentes curiosas que quisieron verla y oirla. Cuántos en Costa Rica revisan ahora a Mistral, cuántos leen a Santa Teresa y a Montaigne, cuántos buscan las obras de Ferriere, cuántos trabajan en silencio y construyen su espíritu gracias a la presencia alentadora de Gabriela Mistral. Su huella es de las que dejan luz y fervor por donde se marca. En la Escuela Normal de Costa Rica, con el nombre de **Gabriela Mistral** se han asociado los maestros nuevos, a fin de seguir en relaciones con ella, de oír sus consejos y crear poco a poco la pedagogía teresiana que la insigne escritora chilena quiere para su América.

Después de conversar con ella, cuántos jóvenes ahora estiman más el magisterio singular de Alfonso Reyes o de nuestro Brenes Mesén, por ejemplo. Ah! si hiciéramos el recuento de las inquietudes y devociones que la gran mujer ha dejado encendidas en el alma de la gente nueva de Costa Rica que ansía crecer y servir.

Conste que Gabriela habló también en muchas partes, sin que ello implicara remuneración alguna; que recordemos, en el Liceo de Costa Rica, en el Colegio de Señoritas, en la Escuela Normal de Costa Rica, en el Instituto de Alajuela, en la Escuela de Desamparados, en la Escuela Vitalia Madrigal, en la Escuela República de Chile, en la Asociación de Maestros, en Puntarenas. Animos y corazones fueron conmovidos con su bellos y hondos decires. Ojalá pasaran con

frecuencia por estas patrias abarrotadas de pedantes y de cagatintas envidiosos, y ayunas de ideas y de ideales, viadores así como José Martí, como José Vasconcelos, como Agustín Nieto Caballero, como Haya de la Torre, como Gabriela Mistral: tan honrados, tan limpios, tan animadores y constructivos.

J. García Monge

Costa Rica, febrero, 1932.

De unos comentarios al cable

San José, 1.º de febrero de 1932.

Estimado don Joaquín García Monge: desde hace días estoy por escribirle para que su *Repertorio* diga algo sobre los comentarios al cable que casi diariamente aparecen en el *Diario de Costa Rica*, bajo el título: **Al margen del noticiario cablegráfico**. Indudablemente que se trata de una de las manifestaciones más inteligentes de la prensa del país.

¡Qué manera hábil de hacer consideraciones en torno de uno de los latidos que da la vida civilizada cada día; de señalar las ondulaciones más pronunciadas de ese latido, de medir su intensidad, de una manera sencilla sin la menor pedantería ni asomo de erudición. La mente que concibe estos comentarios, es una mente honradamente alerta, familiarizada con la meditación. Nada pasa desapercibido ante ella. Es como una antena que recoge todas las ondas, pero no da voz sino a las que más pueden interesar al público preferido. Las agitaciones en España, en Alemania, la pomposa inutilidad de la **Liga de las Naciones**, el fracaso de los planes económicos concebidos y elaborados por famosos técnicos del número, las moratorias, el fracaso de todas las conferencias que pasean su verborrea por ciudades europeas, etc., etc., todo esto y más, ha pasado por una de las páginas del *Diario de Costa Rica*, sin el menor servilismo, con la noble naturalidad que tiene lo que es inteligente y honrado.

Me dicen que es Abelardo Bonilla el autor de estos comentarios. Si, son muy de Abelardo. Se ve muy bien que hayan sido concebidos dentro de su hermosa cabeza pálida.

Le pido, don Joaquín, que reproduzca en su *Repertorio* el último dedicado a los bandidos chinos. ¡Qué admirable página, don Joaquín!

Lo saluda,

Carmen Lyra

Al margen del noticiario cablegráfico

Los elementos irregulares

Los despachos cablegráficos de hoy nos hablan ya de la posibilidad de una declatoria de guerra de China al Japón y es tanto mayor esa posibilidad, cuanto que, por una parte, los Estados Unidos reconcentran toda su flota de Oriente en aguas de China y, por otra, el mariscal Chang Kai Shek vuelve a asumir la enérgica actitud que en otros días le valió la ruptura con los cantoneses: quiere volver por la dignidad de China y hacer frente a las tropas del Mikado.

Pensamos que, de sobrevenir la guerra, es decir, un verdadero estado de guerra de acuerdo con los cánones legales,—por-

que la guerra como la paz tiene sus cánones en el derecho internacional,—los llamados elementos irregulares de China, los bandidos, obtendrán carta de legalidad. Hoy están fuera de la ley porque hay paz, pero la guerra puede devolverlos al seno de la ley.

Cuando los despachos cablegráficos, sobre todo los que están fechados en Tokio o en Mukden, hablan de los "bandidos" que infestan el sur de Manchuria, la palabrita se nos queda dando vueltas en la imaginación. Pensamos en estos otros "bandidos" de América, que infestan el norte de Nicaragua y no sabemos por qué razón se nos ocurre que la dignidad y la altivez de los pueblos se van reconcentrando poco a poco en bandas ilegales de bandidos.

Y hay muchas de estas bandas en el mundo. Las hay en la India y están in-

tegradas por millones de nacionalistas que adversan la autoridad británica y que piden la libertad. Para Inglaterra no han alcanzado todavía la categoría de bandidos. Esa denominación es propia de gentes de menos cultura que los ingleses; pero ya la tienen para los reyezuelos hindúes que hacen el juego a la política inglesa. Las hay también en China. Es una lástima que no sepamos exactamente cuáles son los antecedentes y fines que persiguen los bandidos del río Liao, que desconozcamos su historial y su leyendas, que ignoremos sus proezas y sus leyes. Pero no hay duda de que deben tener un concepto superior de la vida al de los demás chinos, al de los comerciantes de Shanghai, digamos, que intervinieron con las autoridades de la ciudad para que se aceptasen incondicionalmente las demandas japonesas, antes de que los cañones de los barcos de guerra los perjudicasen en sus intereses. Suponemos,—suponiendo lo peor,—que se trate de bandas de hambrientos que se lanzan al saqueo por necesidad absoluta de comer. Algo como lo que acaba de ocurrir en El Salvador. Entonces se les llama comunistas, perturbadores del orden. Claro es que si tuviésemos lógica preguntaríamos a qué orden se hace referencia. ¿Al orden de China? ¿Al orden en El Salvador? Pero, ¿no les daríamos derecho a los perturbadores de alegar la superioridad de su "orden", sobre ese otro que se dice que tratan de subvertir?

Nadie dudará de que si los rebeldes sandinistas, los hambrientos salvadoreños, los nacionalistas hindúes o los rojos chinos alcanzaran fuerza suficiente para ser los dominadores, pasarían enseñada a ser los representantes del orden, a tener razón, a ser los amos. Los hombres que derrocaron a Luis XVI fueron bandidos, comunistas, enemigos del orden social; luego, fueron los amos de Francia.

Algo parecido ha ocurrido con aquellos "comunistas" que crearon la unidad italiana y con estos otros perturbadores que fundaron la república española. Es cuestión de circunstancias.

Por eso creemos del mayor interés, en el caso de una guerra chino-japonesa, ese aspecto interesante de los bandidos. Los japoneses han peleado en Manchuria basándose en su derecho a limpiar de irregulares el territorio; quizá ahora, por haber ejercido ese derecho, los irregulares adquirirán carta de legalidad. Quizá, también, esos elementos irregulares sientan, como los perturbadores franceses en Valmy, que son capaces de agigantarse y de ponerse al nivel de los buenos burgueses que respetan el orden.

El gallero

= Envío del autor =

A Pedro Henríquez Ureña.

Montado en un potro que huele a sabana,
se ve ya a lo lejos
su espuela que brilla con claros reflejos
al sol del domingo de fresca mañana.

Un ancho sombrero,
sencillo, ligero,
de pálida cana tejido por él.
Al cinto el cuchillo con brillo de acero,
y el gallo en un brazo: su amigo más fiel.

Apenas los ojos abrió la mañana,
cruzó como un rayo la verde sabana,
y al soplo del aire
que trae de la loma su cálido aliento,
atado a su cuello volaba al desgaire
hermoso pañuelo de rojo violento.

Y al golpe sangriento de dos espolazos,
la bestia liviana
dejando en el aire brillantes chispazos,
al viejo montero lo puso en la alegre gallera aldeana.

Del fuerte animal
se tira el gallero,
y aun con el polvo del largo sendero
y el cálido fuego del sol tropical;
se quita la espuela de bronce sonoro,
desata su gallo de cola de oro,
y en voz placentera
de buen jugador,
pidió en la gallera
un trago de ron.

Manuel Cabral

(Uno de los poetas más nuevos
de la República Dominicana)

Estampas

En El Salvador se ha cometido un crimen sombrío

Transcurran unos días más y se pierde el recuerdo de que un pueblo centroamericano fué ametrallado por sedicioso, de que un Gobierno sanguinario e incapaz fusiló a unos hombres que inculcaban en ese pueblo el espíritu de sedición. Las agencias cablegráficas y postales sirvieron servilmente a ese Gobierno en la difusión de la alarma y con haber cumplido en forma tan cabal han quedado en un silencio que trae más pronto el olvido. ¿Quién tendrá memoria mañana de la matanza de El Salvador? Se tiene memoria de un suceso cuando se ha reflexionado en él. Pero el mundo no reflexiona. Le interesa lo que exista de espectáculo porque sólo por ese costado es sensible su curiosidad. Los relatos parciales regados fuera de El Salvador colmaron la curiosidad colectiva. ¿Qué voz se ha oído condenando la matanza? Es el exterminio de una clase funesta, dicen los más, y bien ha hecho aquel Gobierno batiéndola sin contemplaciones.

Nadie piensa que ha podido cometerse una gran atrocidad con el pueblo salvadoreño. Nadie sospecha de que las condiciones de ese pueblo son duras. Todos miran sólo por la claraboya estrecha de una prensa cogida por una horrible red de intereses. Es terrible y muy desgraciado el sentimiento común de la gente. Es necesario ser honrado y no desorientarse. En El Salvador ha ocurrido un crimen grande. Pensemos seriamente en lo que significa ametrallar poblaciones desarmadas. Lo de comunistas es la invención del Gobierno para justificar fuera de El Salvador la matanza. Leamos los relatos de los sucesos. ¿Quién no adivina por ellos que la consigna de las tropas era ametrallar a cuanto trabajador, a cuanto campesino apareciera por los poblados y por los campos? Abultar, hacer sentir en el exterior que el país estaba amenazado de la destrucción planeada por los comunistas. Presentar al Gobierno lleno de la resolución firme de acabar con el brote comunista. Por allá al lado del "cuartel del séptimo regimiento de infantería, más de quinientos hombres, campesinos o comunistas, armados de machetes, revólveres, escopetas, barretas, piochas y azadones" intentan un asalto. Así dice el relato preparado para deleite de la curiosidad ajena al dolor de un pueblo lleno de hambre y de miseria. ¿A eso llama el Gobierno enemigo? Un pueblo desnudo armado de instrumentos de labranza no merece ser ametrallado cuando, como refieren las crónicas, se sitúa en actitud hostil al lado de un cuartel. El Gobierno debió sentirse muy débil ante la muchedumbre rebelde. Pero surge una duda grande, duda que turba y rebela el ánimo. ¿No fueron los agentes de ese Gobierno salvadoreño los que prepararon la tragedia? ¿No se sirvieron de la ignorancia del pueblo, de sus penas miserables para inducirlo a arremolinarse en torno a los cuarteles? Es muy posi-

ble que el Gobierno en su desesperación por obtener el reconocimiento que el Departamento de Estado norteamericano le niega, acuda a cuanto medio inhumano exista. Despertar el temor internacional por el comunismo es sin duda uno de los recursos de más efecto en nuestros tiempos. No hay que exponer a las naciones a conmociones sociales. Y para evitárselas, para no precipitarlas al torbellino enloquecedor lo mejor es ayudar a aquella nación amenazada.

El Gobierno de El Salvador o sus consejeros han debido pensar así cuando buscaron pretextos para ametrallar al pueblo. Han debido contar todos por igual con el temor nacido en el Departamento de Estado con la aparición agresiva del comunismo salvadoreño. Y contando con ese factor ametrallaron al pueblo. Revísense las crónicas difundidas por cable, por radiograma, por correo aéreo. En todas se encuentra el relato que pone victorioso al ejército echado por el Gobierno en persecución de la población insurreccionada. En todos se vé una población desarmada, miserable, desnuda. Las ametralladoras arrebaban con ella y la convertían pronto en mortandad. Los disparos tenían siempre un blanco seguro. En cambio las tropas del Gobierno han salido ilesas. Una que otra unidad galonada pereció no se sabe si por los mismos disparos de las otras encarnizadas unidades que batían al pueblo. En total—si hemos de dar por cierta la información publicada—perecieron veinticinco gobiernistas por cerca de seis mil comunistas. ¿Cómo ha tenido que ser de desigual la lucha para un resultado tan mezquino!

No, el pueblo salvadoreño no se insurreccionó para tomar cuarteles. El Gobierno quiere que en el exterior creamos todos la versión hecha por él. Pero, si es que ya mañana nadie ha de recordar la inícuca matanza, digan hoy al menos todos los que son sensibles a la justicia que se cometió un crimen sombrío. Contra un pueblo que nadie sabe si en realidad se amotinó o se le arreó al matadero, lanzaron la soldadesca estúpida para que destruyera, para que hiciera héroes de unos muñecos adueñados del Poder. Cuando las generaciones futuras revisen la historia de El Salvador pasarán por estas páginas de comienzos de Febrero de 1932 con dolor e indignación. En el relato de tanto crimen no puede el espíritu honrado dejar de dar su juicio severo y condenatorio. A las juventudes salvadoreñas de unos años más les tocará pedir cuentas a los asesinos. Y las tendrán que pedir tarde o temprano, porque El Salvador es viril, es fuerte. Ahora ha parecido fácil condenar a muerte a un Martí, a un Luna, a un Zapata. El Gobierno los encarceló y los fusiló. Pero con matarlos no enterró el clamor de justicia que crece. ¿Qué hicieron los tres hombres salvadoreños fusilados por ser comunistas? Ayudaban a su pueblo. Esta es la verdad. Se ocupaban en la tarea grande de ayudar a un pueblo. El pueblo los quería, porque de seguro le hablaban de que no era un rebaño sino un conjunto de seres humanos. Lo trataban los tres fusilados como un conjunto nacido con derechos grandes a la dicha, al bienestar. ¿Acaso inventaban estos tres fusilados una doctrina? Los pueblos siempre han tenido quienes se acerquen a ellos con infinda ternura. En una o en otra época encuentra el que busca ejemplos conmovedores y constructivos. Uno es digno de contarse hablando de los

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

tres salvadoreños fusilados. Lo leemos en la vida del gran legislador Licurgo y es dulce volverlo a contar vuelto el pensamiento hacia la hoguera salvaje levantada por el Gobierno tirano de El Salvador. "La segunda y más osada ordenación de Licurgo—cuenta Plutarco—fué el repartimiento del terreno, porque siendo terrible la desigualdad y diferencia, por la cual muchos pobres necesitados sobrecargaban la ciudad, y la riqueza se acumulaba en muy pocos, se propuso desterrar la insolencia, la envidia, la corrupción, el regalo y principalmente los dos mayores y más antiguos males que todos estos: la riqueza y la pobreza; para lo que les persuadió que, presentando el país todo como vacío, se repartiese de nuevo, y todos viviesen entre sí uniformes e igualmente arraigados. Y diciendo y haciendo, distribuyó a los del campo el terreno de Laconia en treinta mil suertes, y el que caía hacia la ciudad de Esparta, en nueve mil". Licurgo sintió la miseria de su pueblo y nada lo contuvo en el empeño de aminorarla. Así los fusilados salvadoreños estuvieron viendo cómo el hambre se come a un pueblo y cómo la riqueza se acumula en unos pocos egoístas. Lo sintieron hondamente como lo sintió Licurgo en Esparta. No es posible acercarse al corazón de un pueblo sin la desvergüenza del simulador, y no dejar de querer para ese pueblo la rendición justa. Martí, Luna y Zapata han debido estudiar el problema terrible de una población densa sin tierras, sin cultivos, sin hogar, sin pan, sin educación. Porque en El Salvador la riqueza ha exterminado de la masa toda posibilidad de bienestar. El rico es rico en demasía y el pobre carece de todo. Lo vieron claro los tres fusilados y se pusieron del lado del pueblo. Es seguro que también soñaron con dividir el suelo en tantas parcelas como familias, enseñándolas a hacerlo producir. Y por sus pensamientos en favor de la clase pobre fueron apresados y condenados a muerte por unos sargentones de sable encanallado. También Licurgo fué perseguido y un agente de la plutocracia espartana lo hirió y le sacó un ojo. Toda reforma social hiere intereses que luchan por no dejarse vencer.

Las generaciones espartanas tuvieron el templo de Minerva que les recordaba a Licurgo, el que hizo "indiferente y pobre la riqueza". Tuvo aquel pueblo el don admirable de exaltar a los que lo hacían vivir dignamente. Hacía así fecunda su historia y la llenaba de grandes inspiraciones creadoras. Hay que preservar del olvido los hechos que dan majestad a la vida de los hombres o a la de los pueblos. La matanza de El Salvador y el fusilamiento inicuo de Martí, Luna y Zapata, tres amigos de una población sufrida y explotada, es digna del recuerdo perenne. ¿Qué harán los salvadoreños de honor por darle al suceso la majestad que ahora quiere quitarle la pezuña del gobernante? ¿Qué haremos los centroamericanos?

Juan del Camino

Cartago y febrero del 32

Croquis realistas

(Viene de la página 88)

El hogar, sinónimo de cariño, de refugio, de calor espiritual, de paz; el hogar a base de comprensión y acercamiento donde el amor nos hace fuertes para la vida y la muerte, ese no existe para ellos.

La choza, donde el hombre encuentra el alimento y el descanso del cuerpo, y la mujer, que se lo prepara, se asegura la existencia bajo su protección; la choza especie de yugo que los une para ir cuidando de vida, y dándole a la vida, en desquite, nuevas víctimas con su fecunda prole; la choza, una lamentable sucesión de chozas, es lo que constiuye la aldea: de lodo y zacate por fuera, de lodo y zacate por dentro.

La choza constituye uno de los más

dolorosos problemas de nuestro pueblo campesino. La choza, donde todo escasea, donde todo significa una privación, donde no hay nada superfluo que sea lujo y deleite del espíritu, donde no hay reposo para cultivar un rosal ni tiempo para musitar una oración.

En esos pobres asilos contra el hambre y la soledad, el hijo es un remordimiento y una maldición. No podemos decir que tiene padre ni madre, pues la intensidad de estos términos nos hace recordar tantas cosas, nos da a pensar en tantos sacrificios, desvelos, desinterés y abnegación, que para pronunciarlas nuestra alma y nuestros labios se humedecen de miel. No, el hijo del campo es un hijo sin padres. A lo más tiene progenitores. Una mujer que lo amamanta sin avaricia y un hombre que le enseña los primeros medios para ganarse la vida. No son mamá y papá, son **mama** y **papa**, como los llaman en la aldea. El cambio de acento indica una transformación fatal. Como que esa dulzura pegajosa, que llena el paladar, de la palabra aguda mamá, se vuelve seca y cortante en la palabra grave **mama**. Lo peor es que en la vida pasa así. Tiranos y desconsiderados con sus hijos, éstos los aman nada más que por la vida en común y porque ellos les dan ropa, techo y comida; pero les temen infinitamente más, porque, por sobre todo cariño, son **patrones**; patrones que obligan al hijo desde muy pequeño a pagar, con la posibilidad de su trabajo, la vida enclenque y dura que le dieron.

Niños sin infancia, sin ternura, sin instrucción, ¿cómo no han de ser hombres tristes, pesimistas y toscos? Explotados y maltratados desde los años blancos en que los niños ríen y sueñan con princesas y reyes magos, ¿cómo no han de ser vengativos y celosos?

La rueca da vueltas y vueltas, pero para ellos el hilo no termina, el ruido monótono no tiene variación. Ayer, hoy, mañana; tres vueltas de la rueca, tres agobiantes faenas, tres bostezos dolorosos e interminables.

Julio Enrique Avila

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA

Pío Baroja: <i>Intermedios</i>	3.25
Daniel Halevy: <i>Nietzsche</i> . (Biografía). Un vol., pasta.....	5.50
J. y J. Tharaud: <i>La fiesta árabe</i> . Novela.....	3.25
César M. Arconda: <i>La turbina</i> . Novela.....	3.25
E. de la Rivera Guzmán: <i>Manual práctico de Banca y Bolsa</i>	2.50
Emilio Castelar: <i>Byron</i>	3.25
Colette: <i>Sido</i> . Novela.....	3.25
Pierre Mac Orlan: <i>A bordo de la Estrella Matutina</i> . Novela de aventuras.....	3.25
R. Brenes Mesén: <i>Los dioses vuelven</i> . Poesías.....	3.00
Sara W. Singer: <i>Sonia</i> . Novela chilena.....	3.50
Antonio Herrero: <i>Hipólito Irigoyen</i> . Maestro de democracia.....	3.00
Fabio Fiallo: <i>Cuentos frágiles</i> ...	2.25
Miguel Angel Asturias: <i>Leyendas de Guatemala</i>	3.25
Romain Rolland: <i>Vida de Vivekananda</i>	3.26
Manuel Ribeiro: <i>El Desierto</i> . Novela portuguesa.....	3.25
Fernando Lassalle: <i>Qué es una Constitución?</i>	3.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería "TRAUBE"

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias.

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

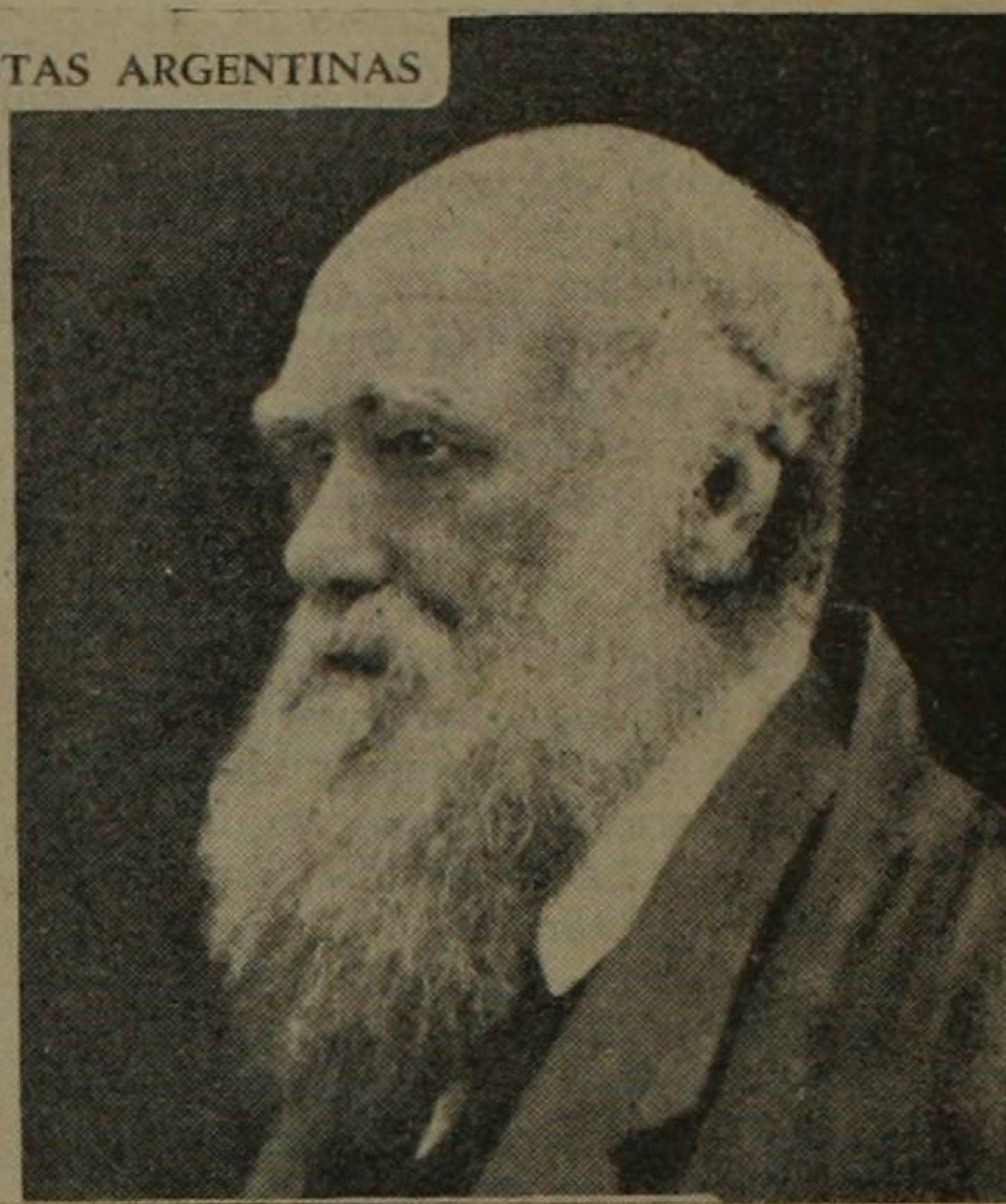
SAN JOSE - COSTA RICA

CENTENARIO DEL VIAJE DEL "BEAGLE" A LAS COSTAS ARGENTINAS



Roberto Fitz Roy

Se cumple hoy el centenario de la partida del navío de guerra inglés "Beagle", que al mando del capitán Roberto Fitz Roy realizó estudios hidrográficos en nuestras costas del Atlántico. Fitz Roy exploró Bahía Blanca, las sierras de la Ventana, de Guaminí y del Tandil; remontó el río Santa Cruz y rehizo la hidrografía del estrecho de Magallanes. El sabio Carlos Darwin, que acompañaba la expedición como naturalista, completó las observaciones de D'Orbigny; estudió las formaciones geológicas de las cuchillas de Entre Ríos; visitó la región occidental de la Pampa; cruzó la cordillera de Mendoza y estudió la estructura de sus rocas. Los resultados de sus trabajos fueron publicados en Londres en 1851 en su obra titulada "Geological observations on South America". Por su parte, Fitz Roy publicó también en Londres, en 1839, un libro titulado "Narrative of the surveying voyages on his majesty's ships Adventure on Beagle, between the years 1829 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America". Puro el viaje del "Beagle" a las costas argentinas se había vinculado aún más a los progresos de las ciencias, por cuanto fue aquí donde el futuro autor de "El origen de las especies" hizo su profesión de fe científica y los estudios realizados en nuestro territorio determinaron lo más importante de su obra. "Recuerdo — dice Darwin en su "Autobiografía" — que estando en la bahía de Buen Suceso, en la Tierra del Fuego (y así creo lo escribí a mi familia) me di a pensar que no podría emplear mejor mi vida que aportando algunas novedades a las ciencias naturales. Lo he realizado en la medida de mis fuerzas, y digan lo que digan los críticos, no me apartaré de esta convicción". Y fue allí, en las entonces desoladas costas patagónicas, donde el sabio inglés concibió su famosa teoría de la evolución. "Todos sabéis — dice Ameghino en una conferencia en homenaje a Darwin — que puede considerarse como uno de nuestros sabios, pues el descubrimiento de su teoría está ligado a la historia de nuestro progreso científico, por ser aquí, entre nosotros, donde recogió los materiales de ella y tuvo su primer idea. Y por una coincidencia bien extraordinaria por cierto, es aquí, sólo aquí, en la Pampa, donde ella puede encontrar su más evidente comprobación". Este centenario del viaje del "Beagle", de tanta trascendencia para los progresos científicos, está así tan estrechamente vinculado a nuestro país.



Carlos Darwin

(De La Prensa, Buenos Aires, Diciembre 27 de 1951).

El ejemplo de Darwin

= Del precioso librito *Flos Sophorum*. Ejemplario de la vida de los grandes sabios. Seix y Barral Hnos., editores. Barcelona, 1914. =

Darwin se conoce a sí mismo

Con ojo atento, como el que empleaba en vigilar los amores entre un insecto y una orquídea, Darwin se vigilaba a sí mismo. Llegó a ser muy ducho en este conocimiento difícil, recomendado en el frontis del templo de Delfos. He aquí cómo él analizaba el linaje del propio espíritu. Leemos en la **Autobiografía**: "Yo no tengo una gran rapidez de concepción o de ingenio, cualidad tan notable en algunos hombres inteligentes, por ejemplo, Huxley. Soy, pues, mediocre como crítico. El leer algo en un libro o en un periódico, tanto me impulsa a la admiración, que únicamente tras reflexión prolongada llego a ver los puntos flacos. La facultad que permite seguir una larga y abstracta serie de pensamiento es, en mí, extremadamente limitada. En matemáticas o en metafísica hubiera fracasado. Mi memoria es extensa, pero nebulosa: es, en general, la suficiente para advertirme, de una manera vaga, que he leído o bien observado algo, opuesto o favorable respecto a la conclusión que estoy deduciendo. Al cabo de unos instantes, recuerdo el lugar de donde debo sacar la indicación. Mi memoria, en cierto sentido, deja tanto que desear, que jamás he podido recordar más que unos cuantos días una fecha, una línea o una poesía. Muchos de mis críticos han dicho: "Es un buen observador, pero no tiene ningún poder de raciocinio". No creo que esto sea exacto. El **Origen de las especies** es, desde el principio al fin, un largo raciocinio, que ha podido convencer a un cierto número de personas inteligentes. Nadie hubiera podido escribirlo, a no estar dotado de alguna fuerza de razonar. Yo creo tener tanto sentido común y buen juicio como un hombre de ley o un doctor de fuerza mediana, pero no más. Por otro lado, me creo superior a la generalidad de los hombres, en lo de notar cosas que escapan generalmente a la atención y para observarlas con cuidado. Mi ingeniosidad ha sido la más grande posible, para la observación y acumulación de hechos. Y, lo que tiene más importancia, mi amor a las ciencias naturales ha sido constante y ardiente... He tenido mucho tiempo para mí por no haberme visto en la necesidad de ganarme el pan. La enfermedad ha inutilizado algunos de los años de mi vida; pero ha tenido una ventaja y es que me ha librado de distraerme en las diversiones de la sociedad. Mi éxito como hombre de ciencia, a cualquier grado que se haya elevado, ha sido determinado por condiciones de mente complejas y variadas. Entre ellas, las más importantes han sido el amor a la Ciencia, una paciencia sin límites para reflexionar sobre cualquier objeto, la ingeniosidad en observar los hechos y en reu-

nirlos, una dosis media de invención y de sentido común. Con las limitadas capacidades que poseo, es sorprendente, en verdad, que haya podido influir, en un grado considerable, en la opinión de los sabios sobre algunos importantes problemas". A esta declaración de modestia, tan serena y delicada, ha añadido el hijo de Darwin: "Uno de los valores de mi padre, era sentir, como pocos hombres, una diferencia entre el trabajo de un cuarto de hora y el trabajo de diez minutos".

Darwin cesa de gustar de Shakespeare

En su juventud, un poco vagabunda y deportiva, Darwin había tenido por Shakespeare una pasión loca. El ha contado como lo leía con delicias y como repetía esta lectura con frecuencia. Mas pasaron los años. El cazador de un día se convirtió en naturalista metódico, que producía, a pesar de los estorbos de una salud precaria, una labor enorme. Tal labor era ordenada según una cotidiana disciplina severa. De tal a tal hora, lectura; de tal a tal otra, tomar apuntes, tres cuartos de hora antes del lunch, escribir; un tiempo, más predeterminado aún, para estudios de laboratorio y de herbario, para observaciones y cultivos. Esto, un día tras otro día, en heroica uniformidad. Mientras tanto, Darwin iba envejeciendo, sus hijos se espigaban. Cuando la moza comenzó a ser mayor, el padre encontró una fuente de distracción honesta, en que ella, luego de comer, le diese un rato de lectura. Vino una velada en que el arrinconado Shakespeare abrió de nuevo. Y aconteció entonces una cosa que, contada en las Memorias del mismo sabio, tiene un gran sabor de melancolía... Darwin sintió con amargura que Shakespeare no le gustaba ahora, que no le interesaba ya. El trabajo unilateral, la especialización, el hábito exclusivo de la investigación científica, habían secado uno de los puros manantiales de su vivir. Aquella pobre alma era ya muerta para los goces del arte. El debió entonces de sentir en sus adentros un gran vacío. Sí: he aquí una vida más, sacrificada, ella y sus goces más inocentes y elevados, a una obra... Darwin no lloró. Avanzó aún más, sobre los esquivos ojos, las cejas hirsutas. Filosóficamente, volvió a llenar de tabaco la pipa y se acercó a encenderla en el hogar, con una brasa que las tenazas levantaron, entre el gran silencio de la familia, juntada en el obscuro salón del cottage... Al fin, él mismo rompió este silencio para ordenar a su hija que, desde este punto, no le leyera otra cosa que novelones.

Xenius